

MADRID

Fernando de Terán

En Madrid hubo asentamientos desde muy antiguo, pero la ciudad no alcanza verdadera importancia hasta que Felipe II decide instalar en ella la Corte. La Magerit árabe contaba con un alcázar y era un puesto avanzado en la defensa de Toledo. Pasó a manos cristianas en las mismas fechas que Toledo, a finales del siglo XI. Durante la Edad Media no alcanzó la importancia de otras ciudades castellanas. Felipe II consagró su capitalidad, pero sin adornarla con edificios que reflejaran el poderío del monarca. Es Carlos III quien embellece Madrid y realiza importantes obras. El devenir de la ciudad ha estado indisolublemente unido al hecho de ser la capital de la nación, pero Madrid no se ha beneficiado tanto urbanísticamente como cabría suponer de su capitalidad. Fernando de Terán ofrece al lector un recorrido histórico por Madrid, analizando también la personalidad de la ciudad, que ha sido elogiada y denostada y las perspectivas para el siglo XXI. Acompañan al libro numerosas ilustraciones, realizadas en su mayoría por el autor.

Fernando de Terán (Calatayud - Zaragoza, 1931). Arquitecto dedicado a temas urbanísticos, fue Director Técnico del Área Metropolitana de Madrid. Autor de seis libros y Director durante veinte años de la revista *Ciudad y Territorio*. Catedrático de Urbanismo de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de número del Instituto de Estudios Madrileños.

Nº 53.029

711.4(460.27)
TER
mod

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID	
E. T. S. ARQUITECTURA	
BIBLIOTECA	
Nº ENTRADA
Nº DOCUMENTO
Nº EJEMPLAR
SIGNATURA	711.4(460.27)
	TER
	mod

Colección Ciudades de Iberoamérica

MADRID

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Primera Edición: agosto 1992

Segunda Edición: junio 1993

© 1992, Fernando de Terán

© 1992, Fundación MAPFRE América

© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid

ISBN: 84-7100-469-0

Depósito legal: M. 19490-1993

Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.

Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)

Impreso en España-Printed in Spain

R=71.980

FERNANDO DE TERÁN

MADRID



EDITORIAL
MAPFRE

A Elena Arnedo

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
NOTA SOBRE EL LIBRO	17
 I. PRESENTACIÓN	 21
Eso que llamamos Madrid	21
Situación geográfica	25
Marco natural	30
Marco administrativo	42
Forma y tamaño	45
Espacio urbano	52
Gente, trabajo y uso de la ciudad	81
Movimiento	104
Abastecimientos y servicios	110
 II. FORMACIÓN	 117
Orígenes y antigüedad	121
La Edad Media	127
La corte en Madrid	140
El Madrid de los Austrias	150
Nueva dinastía, nueva fisonomía	165
El Madrid de Carlos III	173
El primer tercio del siglo XIX	183
El Madrid Isabelino	190
Nacimiento del Ensanche y aparición del ferrocarril	198
El Madrid de la Restauración	204
El nuevo espacio urbano	210
Madrid al empezar el siglo XX	217

La arquitectura de principios de siglo y la Gran Vía	225
Otras transformaciones, reales o imaginadas	230
De la vivienda modesta a las colonias de «hotelitos»	237
El ayuntamiento republicano	242
Cómo cooperó el Estado durante la República	249
Retórica y realidad en la posguerra	254
Continuidad y transformación en los años cuarenta	260
Chabolismo y vivienda en los años cincuenta	266
El área metropolitana en los años sesenta	275
La transición de los años setenta	284
Últimos años y situación actual	292
 III. CONCLUSIÓN	 305
Personalidad de una ciudad	305
Perspectivas: Madrid, siglo XXI	321

APÉNDICES

CRONOLOGÍA	339
BIOGRAFÍAS	343
BIBLIOGRAFÍA	349
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	 353
ÍNDICE TOPONÍMICO	357

PRÓLOGO

Mi compañero Fernando de Terán me ha pedido un prólogo para su libro sobre Madrid y lo escribo gustoso. Yo admiro mucho al autor, pero desde que he leído su libro le admiro todavía más, porque es un gran libro, que enriquece enormemente la bibliografía de Madrid.

Madrid tiene una abundante bibliografía y un público que sigue ávidamente todo lo que se escriba sobre la ciudad. Existen verdaderos coleccionistas de libros que tratan de la capital de España, bibliófilos de una determinada bibliomanía.

En esta extensísima bibliografía existen libros de muchas clases: los de los historiadores clásicos, como los *Anales de Madrid* de León Pínelo; *A la Antigua Noble y Coronada Villa de Madrid*, de Jerónimo de la Quintana; el *Teatro de las Grandezas de la Villa y Corte de Madrid*, de Gil González Dávila; el *Compendio Histórico de las Grandezas de Madrid*, de José Antonio Álvarez Baena, y otros no menos interesantes pero menos conocidos. La mayoría de estos libros pertenecen a los siglos XVI y XVII. Luego en el siglo XIX surgen nombres tan importantes como los de don Ramón Mesonero Romanos, Ángel Fernández de los Ríos, José Amador de los Ríos y Pascual Madoz, autores de guías y manuales que todavía se leen con gusto y provecho.

Luego llega la hora de los cronistas oficiales de la Villa que gozaron un cierto tiempo de una distinción muy celebrada. Tenía el cuerpo de cronistas algo de academia literaria matritense, cuyo uniforme era la capa cortada por Seseña con vueltas rojas de terciopelo, sombrero de ala ancha, pantalón ligeramente abotinado y bastón con puño de plata.

Hoy este cuerpo literario pasa por visible decadencia, acaso porque sus épocas gloriosas correspondían al apogeo del costumbrismo y casti-

cismo tan venidos a menos. No somos detractores del costumbrismo, incluso en alguna medida lo hemos practicado, pero las cosas no dejan de ser como son.

Personajes del costumbrismo fueron Pedro de Répide, Emilio Carrere, Serrano Anguita y más tarde Tomás Borrás, Antonio Zazo, Antonio Casero, Antonio Díaz Cañabate y, como individualidad inclasificable, Ramón Gómez de la Serna, que, en su *Elucidario de Madrid*, se sale de toda norma temática para volar con su fantasía, de greguería en greguería, como el pájaro lo hace de rama en rama.

Se nos dirá que para qué esta larga digresión, que poco tiene que ver con el libro de Fernando de Terán. Puede que sea precisamente por eso. Para demostrar que el libro que prologamos se sale también de los cauces habituales en los que, por el contrario, entra uno de los libros sobre Madrid de más reciente publicación, titulado *Madrid. Historia, Arte, Vida*, y que se explaya sobre el viejo Madrid con un indudable perfume costumbrista. Esta obra, editada por el Consultor de los Ayuntamientos en 1981, es, como muchas sobre Madrid, de varios autores, doce en total, que escriben sobre temas de su especialidad o afición.

Pero el libro de Fernando de Terán es todo menos un libro convencional, de los que siguen normas más o menos trilladas. Es un libro complejo y múltiple como la personalidad de su autor. Fernando de Terán es arquitecto, por supuesto, pero es también un gran urbanista, no solamente como teórico, sino como persona que ha ejercido cargos de gran responsabilidad en el área de la administración pública. Es también geógrafo, ya que en este aspecto de raza le viene al galgo. Don Manuel de Terán, seguramente el mejor geógrafo español de los últimos años, catedrático de Universidad, académico de la Española y de la Historia, es natural que influyera mucho en la formación de su hijo, como se advierte en este libro, donde la parte dedicada tanto a la geografía física como a la humana es muy importante y no tiene parangón con lo que aparece en otros libros sobre Madrid. En principio, parecía esperarse que éstas iban a ser las notas principales de su libro: arquitectura, urbanismo, naturaleza y geografía, pero además el libro de Terán tiene un componente histórico de una enorme densidad e importancia. Terán se reitera aquí como historiador, pero un historiador que no se detiene, como es frecuente, en el siglo xx, sino que su historia avanza mucho más, y alcanza el período, ya anteriormente por él estudiado, de la República, llega a la azarosa posguerra, a las transformaciones de los años

cuarenta y al crecimiento del área metropolitana de los sesenta, hasta la situación actual.

Por eso, podemos decir que ningún otro libro sobre Madrid enfoca un tipo de cuestiones que cada vez resulta más inquietante. Es imposible que un prólogo abarque un comentario, aunque sea sucinto, de la gran riqueza que el libro posee. No soy partidario, en absoluto, de los prólogos largos y mucho menos de aquellos que parecen intentar una cierta competencia con el autor. El libro es el libro y el lector lo tiene ante sí para su consideración, estudio y regocijo, sin que el prologuista intente otra cosa que una presentación y acaso una consideraciones dispersas y que demuestren directa o indirectamente que el libro no carece de respuesta.

Por ejemplo, aparece una consideración sobre la forma que la provincia de Madrid tiene en su disposición que desde la sierra llega al valle del Tajo. El trapecio que hasta cierto punto forma la provincia de Madrid y que va descendiendo desde las alturas de la sierra del Guadarrama al valle del Tajo recuerda, *mutatis mutandis*, el de la dovela de un gran arco de arquitectura. Las dovelas son trapeciales, naturalmente, y además la clave o dovela principal muchas veces presenta al exterior una superficie inclinada.

Considerando la provincia de Madrid como la gran clave de un arco que abrazara a la Península Ibérica, me ha surgido una imagen un tanto alambicada si se quiere, pero que me ha parecido hasta cierto punto expresiva de este país nuestro.

Supongamos que un gran arco cuya clave es Madrid tiene sus estribos en Lisboa y en Valencia. Este arco divide la península en dos. Por una parte, con su fuerza tectónica sostiene la España septentrional, la España productiva, industrial y severa, la España que diríamos que pesa. Y por otro lado, protege y defiende la España más ligera, la meridional, la pintoresca, la que no pesa, pero que se mantiene gracias al poderío del resto. Es la España de la Bética, de la gentil Andalucía y de la España acaso más leve y risueña. Entonces, Madrid es la gran clave que sostiene el arco de España, es una imagen que me atrevo a ofrecer, seguramente con un exceso de fantasía. Pero que conste que a mí se me ha ocurrido gracias a las muchas sugerencias que ofrece el libro de Terán.

Otra de las cosas sobre las que he recapitulado es sobre la teoría de la ciudad «collage», teoría que parte de Colin Rowe, un urbanista que

en su día puso de manifiesto una forma de ensamblaje entre las partes diversas que constituyen el ámbito de una ciudad compleja como es toda ciudad actual. Reconozco que yo no había concebido la ciudad como un «collage», aunque siempre me ha gustado encontrar paralelos entre la morfología de la ciudad y otras realidades, a veces tomadas de la naturaleza o de la fisiología. Estudiando la ciudad musulmana, encontré un paralelo muy curioso entre la red viaria tortuosa, enrevesada, difícil y estrecha de la ciudad islámica y la morfología del cerebro, o de un corte de la masa encefálica. El paralelo es «frappant», como dirían los franceses. Ahora, ¿qué paralelo encontraría a la ciudad «collage» formada por grandes piezas, pero también un sinfín de pequeñas piececillas ensambladas o a veces incrustadas en otras piezas mayores como dice Terán? ¿Tendría algo que ver la ciudad «collage» con una preparación histológica de Cajal o con algún medio coloidal donde flotarían partículas diversas?

Últimamente llegó a mi conocimiento una teoría matemática llamada de los fractales. Estoy muy lejos de haber asimilado en qué consiste esta teoría matemática, pero pienso si algo de esto tendría aplicación para interpretar la ciudad caótica de nuestros días.

Descartes estima que las ciudades de su época no podían ponerse como ejemplo de construcciones racionales. Los hombres de entonces no vieron en ellas más que desconcierto y caos. Las palabras de Descartes son las siguientes:

Así aquellas antiguas ciudades que al principio sólo fueron villorios y se convirtieron, por la sucesión de los tiempos, en grandes ciudades, están por lo común tan mal compuestas que al ver sus calles curvas y desiguales se diría que la casualidad más que la voluntad de los hombres, usando de su razón, es lo que las ha dispuesto de esta manera.

No cabe duda de que casi todas las ciudades pertenecen al género irracional, que deploraba el autor del *Discurso del Método*. Sólo en raras excepciones, trazados hipodámicos, castros romanos, ciudades coloniales de Iberoamérica, ensanches del moderno urbanismo, se intenta esa ciudad racional que en general ha sido flor de un día, porque ahora, con las nuevas metrópolis que llamaríamos fractales, se ha vuelto de nuevo al caos. La destrucción de la calle originada por las edificaciones cerradas ha culminado después de los programas de Le Corbusier, Ludwig Hilberseimer y otros que han despejado el camino para la edificación abierta, base del moderno urbanismo.

No sabemos si este tipo de ciudad es ya algo definitivo y si no volveremos nunca a la organización de la manzana cerrada, con sus calles que Le Corbusier llamaba corredores siniestros, pero que desde otro punto de vista eran arterias sanguíneas que mantenían lozana e interesante la vida de la ciudad. Ahora no hay calle, no hay, por lo tanto, números y señas adonde dirigirse y hasta es difícil la comunicación a efectos postales. El comercio también recibía el riego de la calle y hoy se encuentra huérfano de relación con la ciudad y por eso se ha refugiado en los grandes almacenes o en los «hiper» de las afueras.

En Madrid, como he dicho en otra ocasión, las calles brotaron de antiguos caminos. No es un caso único en este aspecto, pero sí define la ciudad hasta cierto punto. Por ejemplo, en Toledo las calles son otra cosa y los caminos nacen extramuros y no intramuros.

Para los que tenemos ya bastantes años y hemos vivido un Madrid diferente, las calles forman parte de nuestra existencia urbana. Son fundamento de nuestra civilidad.

Las calles de Madrid, aparte de ser camineras y dar lugar a múltiples bivios, son en alguna medida calles en embudo, calles que en el punto de arranque son muy estrechas y que luego se van ensanchando poco a poco al llegar al campo. Esto se advierte sobre todo en las calles que van desde el centro al este de la ciudad, que son, por decirlo así, las calles más expansivas.

La que responde a este esquema sobre todas las demás es la calle de Alcalá, pero también sucede este fenómeno en la Carrera de San Jerónimo, en la calle de Atocha, en la de San Bernardo, en las de Fuenca-rral y Hortaleza y en otras varias. Cuando se van ensanchando demasiado, incluso pierden su condición de verdaderas calle y se convierten en algo así como ramblas, en cierto modo amorfas.

Por ejemplo, la calle de Alcalá es una excelente calle desde la Puerta del Sol al cruce con Sevilla y Peligros. Es éste quizá el mejor trozo de calle que tiene Madrid y donde los edificios coordinan en grandeza y majestad con la dignidad viaria. Es un trozo de calle europea. Luego la calle de Alcalá se derrumba desde la cúpula de las Calatravas hasta la Cibeles, deja de ser calle y se convierte en derrumbadero, en una especie de rambla seca y, como todas las ramblas, amorfa. Lo mismo, en menor escala, sucede en la Carrera de San Jerónimo, que empieza sumamente angosta en la Puerta del Sol y que se va abriendo hasta llegar a la plaza de Neptuno y en las otras citadas.

Eso quiere decir que no son calles preestablecidas como tales, sino que han salido a la buena de Dios persistiendo en ellas su carácter rural.

Cuando se contemplan algunas vistas de la calle de Alcalá desde la Cibeles, pintadas por Antonio Joli, el gran vedutista italiano, nos parece que estamos viendo no una calle sino una rambla propia de un poblachón. No podemos por menos de aseverar de nuevo que Madrid urbanísticamente, me refiero al viejo Madrid, es una aglomeración eminentemente rural. No una ciudad solemne y monumental. No olvidemos, por otro lado, que detrás de un posible Madrid de alta prestancia cívica está la poderosa sombra de Sabatini. Julián Marías escribió un libro titulado *La España posible de los tiempos de Carlos III*, y yo escribiría otro titulado *El Madrid posible de Francisco Sabatini*. El arquitecto de la Aduana, el de su imponderable puerta carlotercista, el de San Francisco el Grande, siempre mal comprendido, el de las Caballerizas Reales y el Palacio de la Secretaría de Estado, el del Hospital General de Atocha, todos ellos, enclaves de un urbanismo de alto bordo, difícil de aclimatar en Madrid, nos lo está pregonando.

Yo diría que Madrid alcanza su plenitud de ciudad-ciudad, pero-dón por el vulgarismo, al estilo café-café, en tiempos de doña Isabel II y las etapas sucesivas, hasta llegar a la ciudad cosmopolita con pujos de metrópoli moderna que inició don Alfonso XIII y cuyo ejemplo más visible es la Gran Vía.

Para mí es este período isabelino aquel en que Madrid se acerca más a un concepto de ciudad semejante a otras capitales europeas como París o Viena. No se trata de un Madrid pretencioso y cosmopolita, como el que llegará luego; es un Madrid entonado, a la vez señorial y pequeño burgués, que tiene como ejemplos más acertados la reforma de la Puerta del Sol, el arranque de Recoletos, antes de quedar desfigurado, y el magnífico barrio de las Salesas, con calles como Bárbara de Braganza, Conde de Xiquena, Prim, Almirante, Fernando VI, Argensola y tantas otras de un Madrid que por una vez comprende la armonía de la arquitectura y la belleza que nace de la sencilla uniformidad. Pero este Madrid, como digo, cayó víctima de los pujos alfonsinos y de las veleidades de una modernidad un tanto rastrera.

Ahora, merced a la política de rehabilitación de edificios, estamos, gracias a Dios, salvando el Madrid isabelino, que de lo contrario hubiera desaparecido en muy pocos años.

Este prólogo está saliendo un poco largo, en contra de lo que dije en un principio de no ser partidario de los prólogos largos. Pero también repito que la culpa no es sólo mía, sino del propio autor, Fernando de Terán, que ha planteado en su libro tantas facetas y tantas cuestiones interesantes que excitan al comentario.

Quiero terminar y termino, pero antes no quiero dejar de decir que Madrid es una ciudad descuidada y que no cura de su buena presencia como corresponde a una mujer bella y bien formada. Hay una palabra francesa que antes se utilizaba y ahora la oigo menos, que es la palabra *voirie* y que no tiene una traducción muy adecuada entre nosotros. *Voirie* viene de vía, y una ciudad que cuida los aspectos de sus calles, plazas, etc., es una ciudad que cuida su *voirie*: calles bien pavimentadas, aceras con firme resistente y cómodo, farolas urbanas y no báculos de carretera, pequeños monumentos, fuentes, arbolado, signos de tráfico de buena calidad y dispuestos en buen orden. En esos aspectos Madrid es un desastre. La preocupación por la *voirie* no existe, no hay más que pasearse por la plaza de la Cibeles, que es hoy el corazón de la urbe, y una de las plazas más representativas, para darnos cuenta de hasta dónde ha llegado el desaliño urbano. Signos de todo tipo para ordenar la circulación, o para lo que sea, publicidad desaforada, kioscos de refrescos propios de un pueblo de mala muerte, aceras levantadas, zanjas por todos lados, unas balaustradas decorativas medio rotas, una fuente un tanto ridícula en la línea de la calle Montalbán, con unos pedestales que tuvieron unas copas de Colmenar, que en parte han desaparecido, unos pasos a distinto nivel, verdaderamente mugrientos, y una serie de excrecencias que ofenden la dignidad de unos edificios tan importantes como el Banco de España, el Palacio de Comunicaciones o el de Buenavista.

Yo no sé de dónde nace este desarreglo y este desprecio que tiene Madrid por su ornato público, pero realmente es inquietante y me temo que mientras esto no se supere, Madrid, por mucho que sea capital de la cultura, no alcanzará los niveles de gran ciudad que todos deseamos.

Madrid, febrero de 1992.

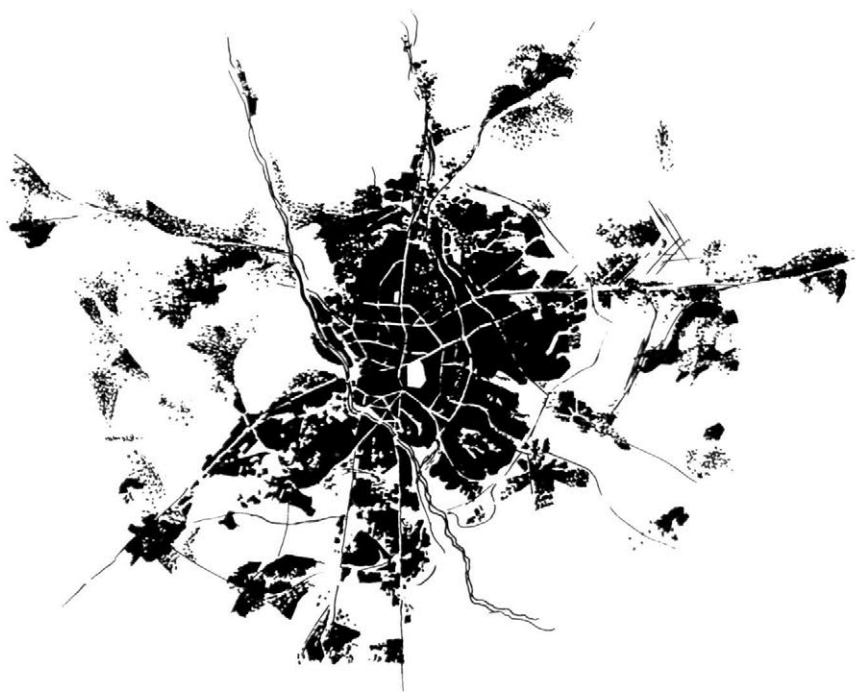
FERNANDO CHUECA GOITIA

NOTA SOBRE EL LIBRO

Este libro es un encargo de la Fundación MAPFRE América, para formar parte de una colección dotada de características uniformes. Ello ha determinado la concepción y desarrollo del mismo. Las condiciones dimensionales (extensión y formato) y de contenido (ni técnico ni erudito) han impuesto limitaciones que obligan a una apretada síntesis, difícil ante el inagotable panorama que ofrece tanto la realidad actual de Madrid, como el proceso histórico de su formación. Inevitablemente han quedado aspectos parciales sin considerar, en aras de la necesaria visión global. Por otra parte, el abundante apoyo documental que sirve de base apenas puede ser reflejado por un reducido número de notas y por una referencia bibliográfica (también necesariamente limitada e incompleta ante la rica acumulación existente), concebida no como aparato crítico, sino como acompañamiento del lector no especializado, en su aproximación al conocimiento de la ciudad.

Las ilustraciones, salvo en los casos en que se indica su procedencia, han sido realizadas por el autor. A aquellas que representan aspectos de la ciudad actual se confía la aportación de convenientes referencias visuales, entendidas como intencionado apoyo de la exposición escrita. Por ello se alejan del neutro realismo fotográfico. A veces exageran, acentúan rasgos o suprimen lo que no es esencial. Frecuentemente simultanean puntos de vista no concordantes. Tienden más bien a reconstruir o evocar la imagen mental que queda en la memoria, con la que se elabora la idea de la ciudad. El plano de Madrid en el siglo XXI debe ser tomado con toda la cautela que aconseja la imprevisibilidad que encierra superponer lo deseable sobre lo que ya parece inevitable.

FERNANDO DE TERÁN



La ciudad padece de una extraña y sorprendente limitación que, arbitrariamente pero no sin exactitud intuitiva, podríamos llamar enfermedad, que consiste en que, pasados ciertos límites, digamos que un umbral urbanístico definido, la ciudad percibe el dolor.

La ciudad percibe el dolor cuando se pasa el umbral de una determinada extensión y de una determinada densidad de habitantes por metro cuadrado, y se carece de la conveniente distribución racional de servicios y equipamientos urbanos.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN



I

PRESENTACIÓN

ESO QUE LLAMAMOS MADRID

Muy próxima al centro geométrico de la Península Ibérica, se encuentra situada una de las mayores aglomeraciones urbanas de Europa. Formada a lo largo de más de doce siglos, su existencia aparece estrechamente relacionada con la historia del Estado español, cuya capitalidad asumió pronto. Por ello, inevitablemente, Madrid es una ciudad de fuerte contenido simbólico, y su sola evocación puede suscitar reacciones encontradas, cuya explicación está, fundamentalmente, más allá de los hechos físicos que configuran materialmente la ciudad. Éstos forman el escenario en que se desarrolla la vida social, económica, cultural y política de los hombres que la habitan, más allá también de las actividades de los que desde ella gobiernan. Porque si bien es cierta la importancia de esa función capitalina en la personalidad histórica de Madrid, también es cierto que ella sola no la agota. Y ello es especialmente visible a partir de ese momento, históricamente reciente, en el que al dispersarse muchas de las funciones políticas y administrativas del estado centralista, que dejan de estar residenciadas en Madrid, ésta aparece claramente dotada de una vida propia independiente de aquellas funciones de capitalidad. Otra cuestión es, y así se abre una de las eternas discusiones inacabadas que suscita la personalidad histórica de esta ciudad, si Madrid habría llegado a poseer esa vitalidad si nunca hubiera estado dotada de aquellas funciones de capitalidad e incluso si podría mantenerla actualmente, desposeída de las que le quedan aún.

En las páginas que siguen se ofrece una aproximación al conocimiento de Madrid, abordando la empresa fundamentalmente desde dos

perspectivas metodológicas complementarias. Por una parte, un enfoque descriptivo-analítico-interpretativo, semejante al de la geografía tradicional, con las adiciones necesarias correctoras de cualquier tentación de objetivismo positivista, permitirá una aproximación a la percepción y entendimiento de la realidad actual de la ciudad, tal como se presenta hoy ante nosotros, con sus características y con sus problemas. Por otra parte, un enfoque historicista, pero desprovisto de toda carga determinista, proporcionará la forma de comprender esa situación como resultado de un proceso, como eslabón de una cadena de antecedentes explicativos y condicionantes, aunque no rígidamente determinantes.

Eso que genéricamente llamamos Madrid es, físicamente, un importante conjunto de hechos materiales que se despliegan ante nosotros ocupando un espacio limitado. Podemos pues intentar someterlo a análisis objetivos, en términos de dimensiones físicas, de forma, de aspecto, de organización o disposición espacial, de inserción en el territorio, de relaciones con el entorno geográfico. Pero, al mismo tiempo, es también un importante contingente de seres humanos, más de cuatro millones, concentrados en ese mismo espacio limitado, viviendo, desarrollando múltiples actividades relacionadas con ese espacio, que inciden sobre él y lo usan y lo acondicionan. Y ello también puede ser cuantificado y analizado, y así puede accederse a una cierta comprensión del funcionamiento vital de la ciudad, de sus movimientos, de su latido, más allá de la realidad tangible de su estático continente material. Pero además de todo esto, está el conjunto de hechos históricos y de situaciones culturales relacionadas con los grupos humanos que se han sucedido en el uso y construcción del espacio urbano, que aparecen íntimamente ligados a ese espacio, a su extensión, a su continua transformación, a su constante reelaboración, porque en gran medida han contribuido a crearlo, a modelarlo, a configurarlo, a darle su fisonomía y su personalidad. Y el conocimiento de esa especie de biografía de la ciudad condiciona inevitablemente, con su carga emotiva, una posible pretensión de observación objetiva de la propia ciudad, cuya compleja realidad aparece así constituida, al menos parcialmente, por aspectos no materiales muy importantes, que escapan a la cuantificación, a la medida y al análisis de tipo científico. Aspectos que reclaman, en cambio, la empatía y la sintonización emocional, por una parte, y el complemento del método histórico, por otra, que permite una mejor comprensión de la realidad, a través de la reconstrucción del proceso histórico que ha conducido a ella.

Si empezamos entonces tratando de identificar, en primer lugar, de acotar y definir el objeto físico de nuestra aproximación, es fácil que se nos planteen desde el primer momento numerosas dudas sobre la entidad y naturaleza mismas de ese objeto de conocimiento. ¿Sabemos, acaso, a qué realidad material se designa bajo el nombre de Madrid? ¿Tenemos claro hacia qué conjunto de elementos espaciales y no espaciales se dirige nuestra mente al ser evocada esa palabra? Simplemente, ¿sabemos a qué ámbitos territoriales nos estamos refiriendo y a qué conjuntos de habitantes? Porque esa ciudad históricamente llamada Madrid ha sido y es una realidad en constante transformación que, hace tiempo, dejó de tener un contorno claro y una entidad definida y aprehensible, convirtiéndose en una extensa y difusa figura de borde indefinible, con protuberancias y nucleaciones más o menos compactas que avanzan sobre el territorio circundante, con huecos y vacíos entre ellas, con interrupciones, fragmentaciones y desparramamientos, en cuyo irregular, heterogéneo y discontinuo tejido quedaron englobados, con sus correspondientes conjuntos de habitantes, muchos originalmente pequeños núcleos rurales, otrora independientes y distantes de la ciudad. Otros, más lejanos, que habían sufrido más tarde un enorme proceso de hipertrofia inducido por el de la ciudad, llegaron también a establecer contacto físico entre los extremos de los dos crecimientos superficiales, el propio y el de la ciudad. Finalmente, hay otros que, sin haber llegado a establecer materialmente ese contacto entre las respectivas protuberancias superficiales, se han hipertrofiado también a consecuencia del crecimiento de la ciudad, pues aunque separados físicamente por espacios no edificadas (por otra parte más bien reducidos) forman parte de la aglomeración madrileña, al intercambiar diariamente población residente y población activa. Constituyen así, junto con la ciudad y los núcleos englobados en el crecimiento de ésta, lo que habitualmente se designa como un *área metropolitana*, de acuerdo con las definiciones más o menos rigurosas que se han elaborado acerca de esta forma de entidad urbana, diferente de la ciudad tradicional.

Como es sabido, la expresión *área metropolitana* designa ese tipo de aglomeración originado alrededor de una ciudad muy dinámica, que está constituido por diversos núcleos inicialmente independientes, que conservando alguna forma de autonomía administrativa son funcionalmente interdependientes por razones sobre todo económicas. En el caso de Madrid, la existencia del *área metropolitana* fue enunciada en

los años 60, al aplicarse a la aglomeración, que entonces ya mostraba claramente su potente dinamismo, las definiciones elaboradas una década antes en Estados Unidos para designar el fenómeno que allí se había anticipado a Europa.

Pero teniendo en cuenta la extensión de las relaciones de dependencia que se llegaron a establecer entre la metrópoli y algunos otros pueblos más lejanos que, estrictamente, no pueden considerarse parte del área metropolitana, se comenzó después a pensar que el caso madrileño constituía un ejemplo de *región polarizada*, con un radio de más de 100 kilómetros dentro del cual la influencia de Madrid se deja sentir por la fuerza de la

urbanización a distancia, proyección hasta núcleos y municipios rurales de hechos y fenómenos que se producen no espontáneamente, sino por el contagio que se transmite por medio de un sistema de comunicaciones y de movilidad de bienes y personas cada vez más intenso y que afecta desde la fisonomía de los núcleos habitados hasta la mentalidad, hábitos de consumo, producción y comportamiento de sus habitantes,

como señaló Manuel de Terán, maestro de geógrafos ¹.

Como es sabido, a partir de 1980 la Comunidad Económica Europea adoptó la *región urbana funcional*, a efectos analíticos y comparativos entre las situaciones urbanas de todos los países que la componen, para medir comportamientos y programar intervenciones. Las FUR (Funcional Urban Regions), o RUF en la versión española de los documentos comunitarios, son áreas metropolitanas o ciudades expandidas, de amplia influencia sobre el territorio circundante, cuya población cumple unas determinadas condiciones numéricas y laborales en relación con el centro al que se desplaza diariamente a trabajar ². En Madrid se cumplen esas condiciones y por ello puede ser considerada como una de las 229 regiones urbanas funcionales de la Comunidad. No obstante, en los documentos oficiales de Madrid se ha preferido utilizar desde hace poco la denominación de *región metropolitana*, que de alguna manera deja traslucir la intención política de extender el carácter metropolitano

¹ M. de Terán, «Prólogo» al libro de Aurora García Balleros, titulado *Geografía urbana de Guadalajara*, Madrid. 1978.

² F. de Terán, «Las ciudades del futuro y la política regional», en *Política regional en la Europa de los años 90*, editado por el Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, 1989, pp. 269-289.

(es decir, la intensidad de relación, disminuyendo las marginaciones) a toda la región que, por otra parte, y por obvias razones políticas y administrativas, se hace coincidir con los límites de la provincia de Madrid definida en 1833 y mantenida desde entonces ³.

Así pues, Madrid, la ciudad histórica, ha provocado a su alrededor una gran aglomeración, cuyas características la definen como área metropolitana, como región urbana, o como región metropolitana, si se prefiere. Pero esas mismas características no permiten hablar, en el caso de Madrid, de una *ciudad región*, que viene a ser el estadio tal vez más evolucionado del fenómeno urbano: ese ente urbano territorial en el que interactúan y se interrelacionan, intensa y constantemente entre sí, varias ciudades o áreas metropolitanas próximas, no necesariamente muy grandes, asumiendo cada una de ellas, en muchos aspectos, papeles complementarios en el conjunto de actividades. Lo que, por ahora, caracteriza al caso de Madrid es, por el contrario, su acusada macrocefalia, su monocentrismo, la estructura radial y convergente de sus interdependencias, que no son generales entre todos los núcleos del conjunto, sino sólo entre el gran centro y cada uno de los demás. Y, coincidentemente, también es rasgo característico el acusado contraste con el entorno, fuera de la aglomeración metropolitana, un extenso territorio fundamentalmente agrícola, con un conjunto de núcleos rurales de escasa entidad demográfica y ausencia, por tanto, de ciudades importantes.

Por otra parte, es interesante señalar que diversos estudios sobre las aglomeraciones urbanas de la Europa occidental (CEE más Austria y Suiza) incluyen siempre a Madrid entre las de primera categoría. En 1987 el grupo francés de investigación RECLUS la daba como cuarta urbe europea, sólo después de Londres, París y Milán, en función de indicadores tales como relaciones internacionales, comunicaciones, poder económico, investigación, tecnología y función cultural.

SITUACIÓN GEOGRÁFICA

Madrid está situada a 40° 24' de latitud norte y 3° 41' de longitud oeste, punto que, como ya se señaló en el párrafo anterior, está a pocos

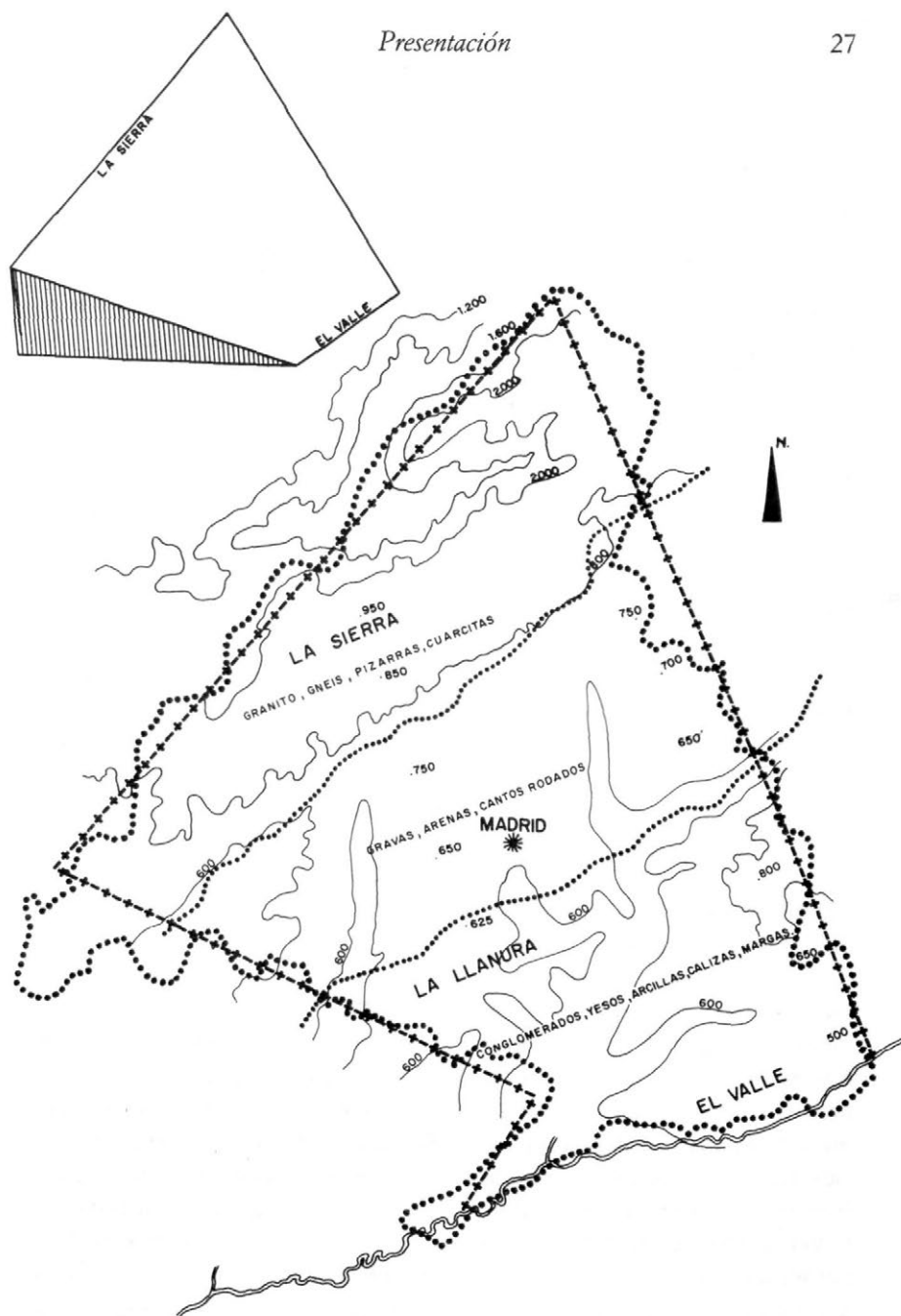
³ Comunidad de Madrid, *Actuaciones y estrategias en la región metropolitana*, Madrid, 1989, p. 123.

kilómetros al norte del centro geométrico del país. Más de 300 kilómetros la separan del mar en el punto más próximo.

El territorio que la rodea se extiende, en ladera descendente, de noroeste a suroeste, desde las cuerdas de la Sierra de Guadarrama, segmento medio de la Cordillera Central, hasta el valle del río Tajo, existiendo una diferencia de nivel de unos 1.900 metros entre ambos límites naturales, en sus puntos más alto y más bajo. Situada en el centro de esa ladera, Madrid está a 650 metros de altura sobre el nivel del mar, lo que la hace ser la capital europea más elevada.

Desde un punto de vista geológico, este territorio ocupa pequeñas partes de dos grandes conjuntos litológico-estructurales. Uno de ellos al noroeste es *la sierra*, formado de rocas graníticas, gnéisicas, pizarras y cuarcitas. El otro, al sureste del anterior, *la llanura*, está constituido por formaciones rocosas más recientes (calizas y margas) y sedimentos de naturaleza arenosa, abundando también los conglomerados, yesos y arcillas. Entre ambas se distingue una zona intermedia en la que abundan arenas, gravas y cantos rodados.

Ya ha quedado señalada la ausencia de ciudades importantes en muchos kilómetros a la redonda de la aglomeración madrileña. Toledo (63.558 habitantes), situada a 70 kilómetros hacia el suroeste, Segovia (58.063 habitantes), a 88 kilómetros al noroeste, y Guadalajara (67.207 habitantes), a 58 kilómetros al noroeste, son las ciudades más próximas. Por otra parte, Alcalá de Henares (152.473 habitantes), a 31 kilómetros en la misma dirección que Guadalajara, El Escorial (6.936 habitantes), a 32 kilómetros en dirección noroeste, y Aranjuez (37.852 habitantes), a 47 kilómetros hacia el sur, son los pueblos próximos de más personalidad e importancia histórica, si bien los dos últimos han sido sobrepasados en población y actividad económica por aquellos que, dada su proximidad a Madrid, han entrado en resonancia con el dinamismo de ésta y se han visto implicados directamente en los procesos de metropolización. Los casos más espectaculares son los de Getafe (137.389 habitantes) y Leganés (170.973 habitantes), situados sólo a 10 kilómetros al sur, que multiplicaron tremendamente su población en los años 60 y 70, y forman parte del área metropolitana, en función del proceso ya comentado en el párrafo anterior. Otros 20 pueblos situados en las proximidades de Madrid están en las mismas condiciones: Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Paracuellos del Jarama, Torrejón de Ardoz, San Fernando de Henares, Coslada, Ribas del Jarama, Parla, Fuenlabrada,

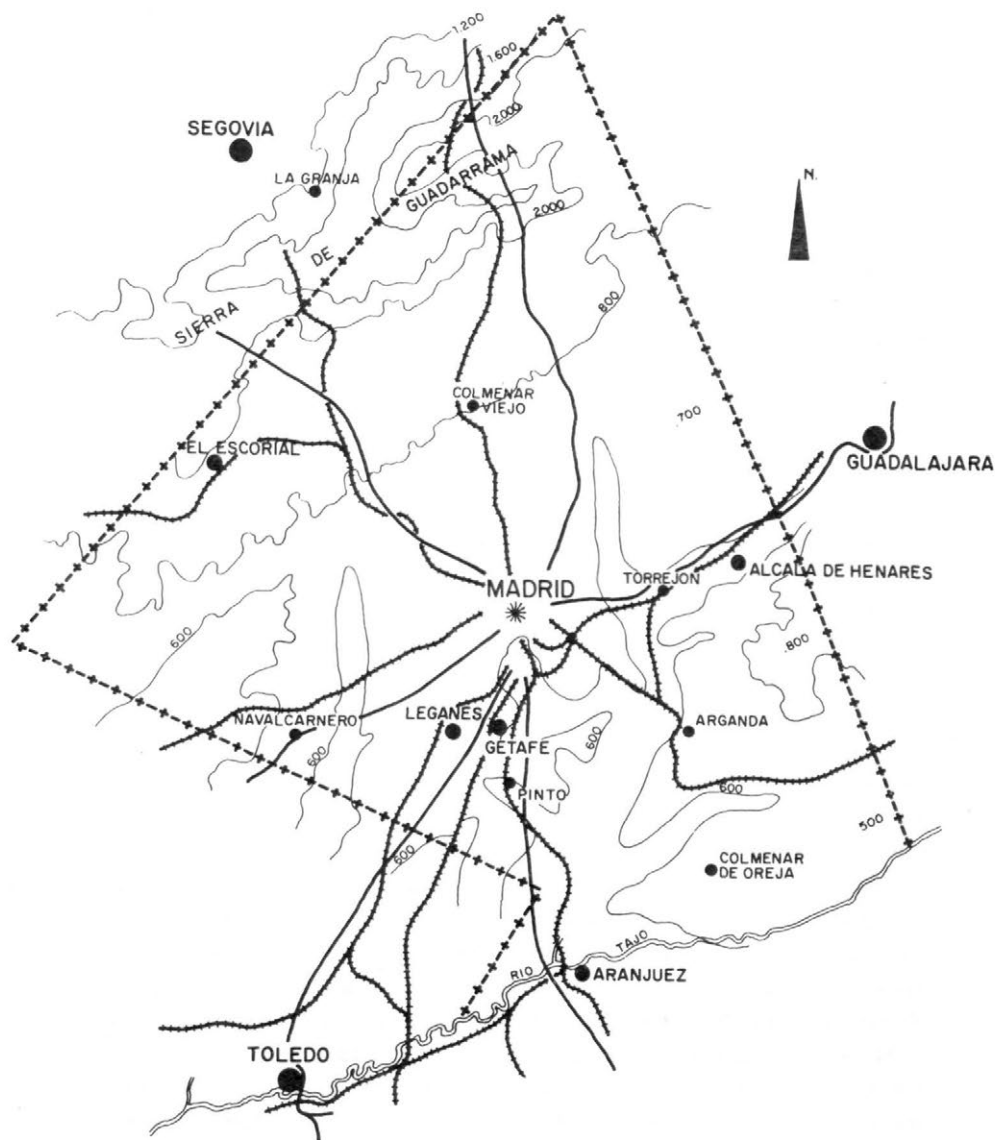


Una superficie aproximadamente trapezoidal, descendente de la sierra al valle.

Alcorcón, Villaviciosa de Odón, Boadilla del Monte, Pozuelo de Alarcón, Majadahonda, Villanueva del Pardillo, Villanueva de la Cañada, Brunete, Mejorada del Campo, Velilla de San Antonio, Pinto, Colmenar Viejo y Las Rozas.

Aparte de éstos, directamente afectados por el fenómeno madrileño se encuentran otros muchos núcleos de población, de escasa o nula industrialización y, por tanto, fundamentalmente agrarios. De reducida talla demográfica, en muchos casos decreciente desde hace tiempo, más alejados de la gran aglomeración madrileña, no han llegado a incorporarse al proceso general de crecimiento, que afecta a los otros. Ello supone, por una parte, marginación respecto a beneficios y, por otra, preservación de valores naturales, con las ventajas e inconvenientes que ello significa, como más tarde vamos a ver más detenidamente. Dejemos ahora apuntado simplemente que muchos de esos pueblos del entorno territorial de Madrid tuvieron en otros momentos históricos una presencia más significativa, de la que son testimonios algunos restos edificados que quedan aún en pie en Buitrago, Torrelaguna, Manzanares, Villaviciosa de Odón, Chinchón, Loeches, Nuevo Baztán, Talamanca y otros.

Naturalmente, todos los núcleos urbanos a que se acaba de hacer referencia, grandes y pequeños, significativos e insignificantes, incluyendo la propia aglomeración central, basan todavía sus relaciones, fundamentalmente, en el movimiento físico de personas y cosas, por mucho que hayan ido adquiriendo importancia las comunicaciones sin presencia física. Por ello existe una red de carreteras jerarquizada y ramificada que llega hasta el más recóndito e insignificante de los pequeños núcleos rurales, recorriendo todo el territorio que estamos considerando. Pero Madrid, como ciudad grande e importante, como área metropolitana de primera importancia europea, necesita trascender ampliamente esa red local del territorio circundante, para poder mantener rápido intercambio con todo el país, con toda Europa, con el resto del mundo. Madrid es por ello el punto de confluencia de un conjunto de carreteras nacionales, que, dada la posición central de la ciudad en el país, e incluso en la Península Ibérica, se manifiesta como un esquema radial casi perfecto, uniendo a Madrid con los principales puntos de la periferia costera y con los núcleos intermedios importantes situados sobre los radios. Y en ambos extremos de los Pirineos, con la red de comunicaciones del resto de Europa.



La red radial de comunicaciones.

Que esta forma de la red de comunicaciones española no sea la que debería haber sido, que es una vez más el resultado de una visión centralista de la organización del Estado, y que ha contribuido decisivamente a esa potenciación de Madrid tan discutida, son temas que merecerán más adelante nuestra atención y que sólo pueden entenderse en relación con toda la historia de España. Lo mismo que ocurre con el esquema, igualmente radial, del sistema de ferrocarriles, que obedece a la misma estrategia de comunicaciones.

Por otra parte, la aglomeración madrileña está dotada de un gran aeropuerto internacional, que, en ausencia de puerto marítimo o fluvial, proporciona un importante complemento al sistema general de comunicaciones ofrecido por la carretera y el ferrocarril.

MARCO NATURAL

Seguramente que, entre todas las teorías urbanísticas desarrolladas y desechadas por las ciencias sociales, no hay tentación tan explicable como la de entender la ciudad como si fuese un ser biológicamente originado y desarrollado en función de las condiciones de un determinado entorno, que es su *Lebensraum*, su espacio vital. Las características propias de ese marco natural determinarían la existencia y la pervivencia de cada ciudad concreta, y condicionarían su realidad espacial. Incluso, de acuerdo con las más radicales formulaciones, también influirían en parte de sus contenidos humanos. Claro que esa relación entre ciertas condiciones naturales, como el clima y las aguas, y el carácter de los ciudadanos estaba establecida desde mucho antes de la aparición de las corrientes organicistas en la inicial geografía alemana decimonónica. En realidad, se remonta hasta la antigüedad y tiene formulaciones tan claras como las de Vitruvio, en sus diez libros sobre arquitectura, o, más tarde, las que aparecen entre las instrucciones urbanísticas contenidas en las Leyes de Indias. Y también puede decirse que sobrevivieron a la fortuna del organicismo y permanecieron durante mucho tiempo en tantas generalizaciones hechas perfectamente en serio, como las que, referidas precisamente a la ciudad que nos ocupa, señalaba Azorín en 1941, en su libro *Madrid*.

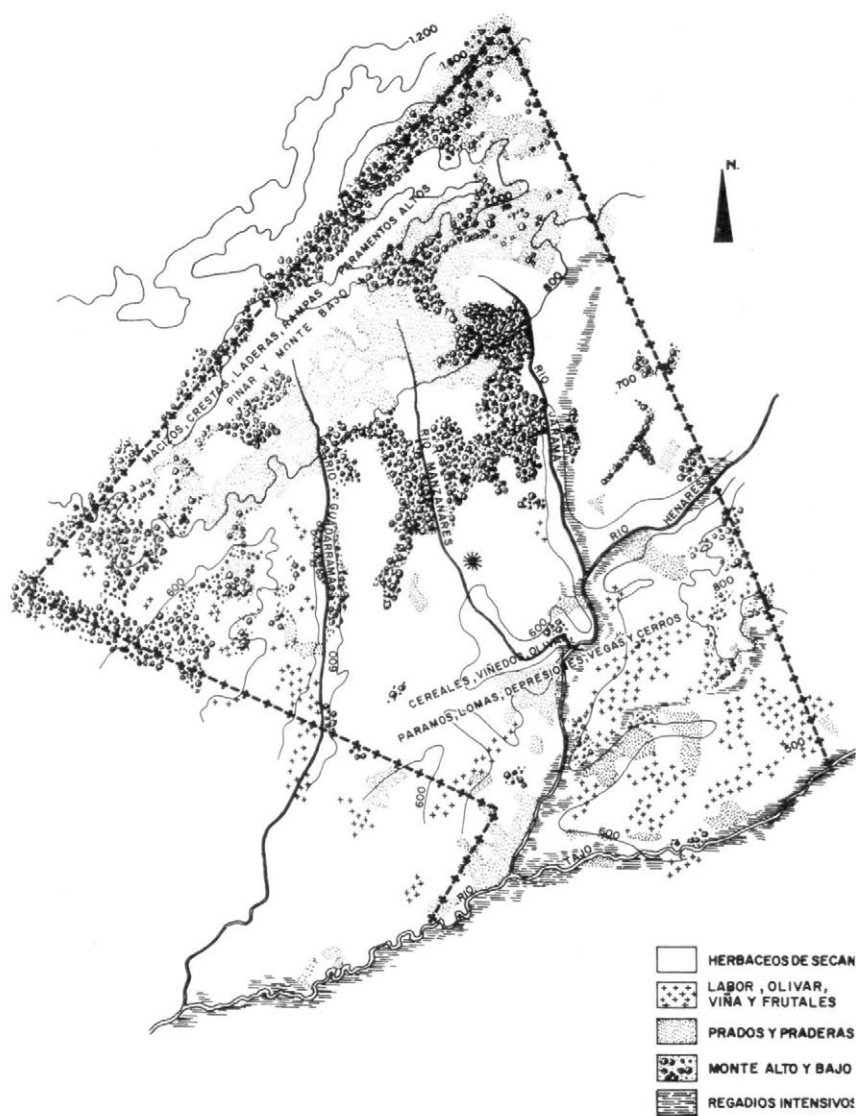
Pero es evidente que, sin caer en esa atractiva tentación del «espacio vital», y sin recurrir a las simplistas explicaciones mecanicistas que

tanto crédito llegaron a tener, la relación de la ciudad con su emplazamiento y su marco natural es un hecho real que tiene influencia en la configuración espacial de la ciudad (adaptación a las formas del relieve, a los cursos de agua, etc.) y, en menor medida cada vez, también en sus aspectos visuales, a través de los materiales naturales de construcción, con su contextura, su coloración y las formas constructivas que generan o a las que se adaptan. En ese sentido la ciudad sí parece, o parecía hasta la llegada de las modernas tecnologías constructivas, mantener una relación de dependencia con el suelo en el que se asienta, a través de los materiales de que están hechos sus edificios, que son los que ese suelo proporciona. Granito gris, compacto y duro, especialmente apto para austeras simplicidades geométricas, aunque Pedro de Ribera y otros pudieran convertirlo circunstancialmente en las sinuosidades barrocas de algunas portadas famosas. Blanca caliza porosa, de aspecto suave, nacarado de lejos al atardecer, dócil al cincel para ornamento de cornisas, cúpulas y balaustradas. Y la tierra arcillosa, cocida hasta ponerse rosácea y dura, ofreciendo el material inmemorialmente más habitual de Madrid, el ladrillo, con todas las variedades que, en la textura de los muros contruidos con él, introduce el juego geométrico, la dimensión y el color de las llagas de mortero que unen las piezas entre sí. Ésos son los materiales tradicionales de la construcción de Madrid, extraídos directamente de su suelo, como parcial manifestación de la relación entre geología local y fisonomía urbana, entre ciudad y medio natural.

Y es parcial, obviamente, porque hay otros muchos factores a considerar. Pero lo más antiguo y permanente, sobre lo cual ocurre todo lo demás, es el suelo, la base sobre la que todo se apoya y hunde su raíz. Por eso hay que empezar por ahí.

Como ya quedó señalado anteriormente, el territorio en que se asienta Madrid se reparte entre dos grandes conjuntos litológico-estructurales, estando situada la ciudad, precisamente, en la franja de transición entre ambos. La sierra, al norte, formada por materiales paleozoicos (granitos, gneis, cuarcitas y pizarras), es la parte más antigua, mientras que las llanuras y depresiones del sur, compuestas por materiales rocosos mesozoicos, y sedimentos procedentes de la erosión de la sierra, son principalmente calizas, dolomías, margas, arcillas, yesos, arenas y conglomerados terciarios.

A estos dos conjuntos corresponden dos unidades fisiográficas y,



Vegetación, cultivos y paisaje.

consecuentemente, dos paisajes. La del norte está constituida por formaciones graníticas con pendientes acusadas, distinguiéndose macizos, cimas, crestas, cuerdas, laderas, rampas y pequeños valles interiores. Los primeros sobrepasan frecuentemente los 2.000 metros de altura, alcanzando 2.300 algunos macizos. El punto más elevado está en el pico de Peñalara, con 2.430 metros. Las laderas y rampas forman la base de esas elevaciones, en altitudes comprendidas entre los 800 y 1.000 metros. En la del sur, de pendientes más tendidas, se distinguen páramos, plataformas, depresiones, vegas, terrazas y cerros testigos. Los páramos, con altitudes comprendidas entre 800 y 650 metros, son altiplanicies calizas, sobre las cuales el trabajo de la erosión ha producido rebajamientos en plataformas y terrazas escalonadas, así como en depresiones de amplios fondos planos, de origen fluvial. Los cerros testigos se corresponden con caparazones superiores calizos aislados, que han conservado el nivel inicial gracias a su dureza, en medio de terrenos rebajados por la erosión. Al lado de Madrid, el más conocido es el cerro de los Ángeles, de 670 metros de altitud, donde se encuentra realmente el centro geométrico de España. El cerro de Almodóvar, de 726 metros, al sureste de Madrid, es el ejemplar más perfecto de este tipo de relieve, de cumbre plana y laderas muy inclinadas. Las vegas son los fondos aluviales de las depresiones fluviales que conservan actualmente cursos de agua, dando los niveles más bajos del territorio del entorno natural de Madrid en el valle del Tajo, con unos 460 metros de altitud.

Tradicionalmente, desde los trabajos pioneros de Casiano de Prado los geógrafos han distinguido una zona intermedia o «franja de transición» con fisonomía propia, de unos 30 kilómetros de anchura, dentro de la cual se sitúa precisamente la aglomeración madrileña. Está caracterizada por una morfología territorial dada por una serie de superficies alomadas entre los valles fluviales. Serían así distinguibles tres unidades fisonómicas, cuya diferenciación paisajística se acentúa con la variación de la vegetación: la sierra granítica, dura y alta, con vegetación de montaña (encinar y coníferas) y su inmediato pie de monte; las lomas suaves arenosas intermedias, con plantaciones de cereales y viñedo, es decir, de secano, y múltiples superficies de matorral espontáneo, retamares, eriales y algunos pobres pastizales; finalmente, un paisaje de páramos desolados y fondos verdes de regadío, que ocupan algunas superficies lineales de las vegas del sur, en cuantía comparativamente muy reducida.

Frecuentemente se achaca a la conjunción de clima y suelo la desecación y la aridez de ese paisaje de los alrededores del sur y sureste de Madrid, con apoyo en la presencia de yesos entre las margas y arcilla. Pero los enclaves de vegetación existentes, protegidos por diversas razones históricas, han permitido sostener, en cambio, que se trata de una desertización provocada fundamentalmente por la acción humana, que es posible una cierta repoblación. En cualquier caso, el panorama sigue siendo actualmente de una gran pobreza ambiental, con los tonos ocres, grises y pálidamente amarillentos, de los suelos resacos y cuarteados. Una rala y grisácea vegetación de pequeñas gramíneas y rastrera salpica aquí y allá escarpes y laderas, en las que, en la primavera, entra algo de hierba verde, aparece el milagro restallante de las amapolas. Luego, ya en verano, sorprenden las manchas de azul pálido del *Chicorium inthybus* y las más intensas, también azules, de la *Anchusa italica* que se mezclan con las grandes y no menos inesperadas flores morada o amarillas de las amplias formaciones de cardos. Pero eso es todo.

La situación cambia notablemente en la dirección opuesta: los alrededores del norte y noroeste presentan un aspecto bien diferente, con arbolado, matorral y vegetación herbácea abundante.



Los páramos y cerros del sureste.

A primera vista, la inmediatez del monte de El Pardo hace que Madrid pueda ser considerada como una de las capitales mundialmente mejor acompañadas de una gran extensión de zona verde. Por otra parte, su perfecta conservación permite la pervivencia de su cualidad de auténtico espacio natural, con un conjunto de flora y fauna delicada y, en muchos casos, en proceso de extinción. Actualmente puede decirse que ese espacio natural se extiende sobre unas 12.000 hectáreas, excluida la superficie ocupada por el palacio de la Zarzuela, residencia real, así como la correspondiente al pueblo de El Pardo y su palacio, residencia del anterior jefe de Estado, general Franco, y también diversas instalaciones deportivas y recreativas que se han ido situando en las partes periféricas del inicial recinto murado, mucho más extenso.

Se trata de un monte cubierto de encinas, chaparros, rodales de roble bajo y enebros, con un sotobosque silvestre de jaras, retamas, cantuesos, tomillos, jaramagos y peonías. Se trata, pues, de un espacio vegetal de carácter seco, muy distante de los jugosos bosques que pueden encontrarse más al norte. Está habitado por conejos, venados, gamos, zorros, jabalíes, perdices, palomas y varias especies de aves rapaces, entre las que cabe destacar buitres negros y águilas imperiales, especies de escasa presencia en el resto del mundo.

Como es sabido, la razón de su extraordinaria conservación es su pertenencia a la Corona desde tiempos muy remotos. Desde 1312 hay constancia, en efecto, del interés de los reyes de Castilla por este excelente coto de caza y casa de recreo. Sucesivas compras y anexiones fueron conduciendo a esa gran extensión, especialmente ya con los monarcas de la Casa de Borbón, así como al engrandecimiento del Sitio Real.

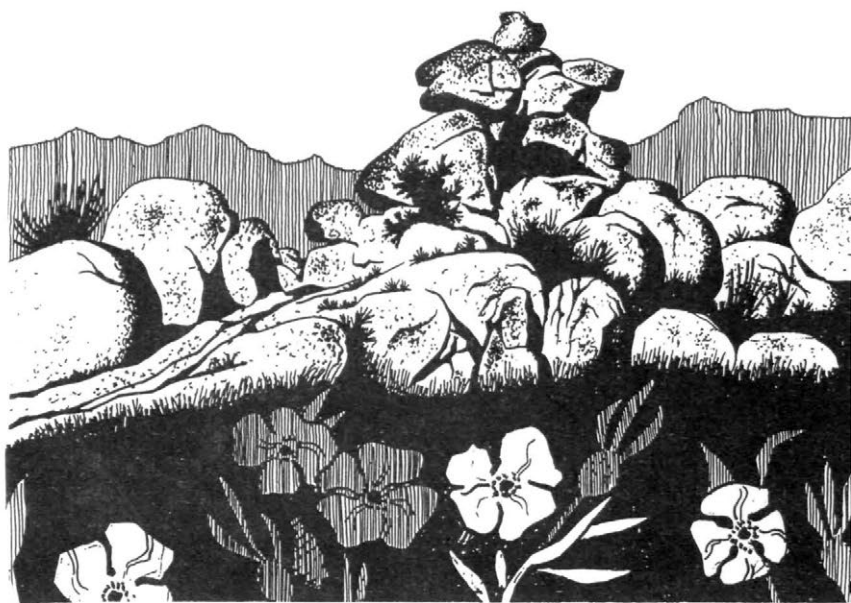
Por todo ello, al hablar de El Pardo, como zona verde de Madrid, hay varias circunstancias importantes que no pueden olvidarse. La primera es que realmente puede hablarse mal de auténtica zona verde. No sólo por el tono grisáceo dominante de la vegetación, sino porque la misma es escasamente densa y, a su través, lo que más se ve es la coloración arenosa del suelo. Todo lo cual hace que al paraje le cuadre excelentemente el nombre que lleva, aunque no haya certeza de que ésa sea su procedencia.

Pero más importante es que su parte fundamental permanece inaccesible y, gracias a ello, se conservan sus características valiosas de fauna y flora, puesto que su apertura a una afluencia general de la po-

blación madrileña deterioraría gravísimamente esas características que ciertamente, son frágiles y vulnerables.

Por el norte, el monte de El Pardo conecta con otros espacios libres del territorio que, sin solución de continuidad, llegan hasta las cumbres de la sierra de Guadarrama, con sus hermosos parajes de singulares características naturales y alto valor ambiental, escasamente deteriorados.

Las masas de granito y gneis que afloran desnudas en las cumbres o blanqueadas en invierno por las nieves frecuentes, se alzan sobre frondosos pinares y praderas jugosas, rodeadas de agrupaciones espesas de roble bajo, encinas y enebros, y de matorral compuesto por helechos, retama, jara, tomillo y cantueso. En otros casos, la erosión ha producido fragmentaciones de la roca en volúmenes aristados o redondeados que forman conjuntos pintorescos, frecuentemente en curiosas composiciones con caprichoso ensamblamiento de grandes piedras caballerías, a veces en incomprensible equilibrio. Ejemplo de ello es el conjunto dedicado al Arcipreste de Hita, que caminaba por esos riscos y por ese puertecillo, donde se encuentra situado tan original monu-



Las formaciones graníticas del noroeste. La Peña del Arcipreste.

mento, «una mañana de marzo de 1329». Así dice la grabación que en la propia roca se hizo en 1930, cuando el Gobierno y la Real Academia de la Lengua inauguraron este monumento natural en memoria del autor del *Libro del Buen Amor*.

Lo que se llama el Guadarrama anterior inicia su elevación a sólo 30 kilómetros del norte de Madrid, encontrándose a menos de 40 el espectacular roquedal de La Pedriza y poco más al norte las cimas de la Cuerda Larga y la alta loma que coronan las Cabezas de Hierro (2.383 m.). Más al norte se produce la depresión del hermoso valle del Lozoya, para volver a ascender luego rápidamente hasta las cumbres del Guadarrama posterior, casi siempre por encima de los 2.000 metros de altitud. Su punto culminante es el macizo de Peñalara, con la cumbre más elevada de todo el conjunto (2.430 m.). Hacia el oeste, se encuentra la interesante fachada coronada por los Siete Picos (2.138 m.), entre las dos depresiones en que se sitúan los puertos de Navacerrada (1.880 m.) y de la Fuenfría (1.796 m.) y el macizo de Peña Águila (2.009 m.), que acaba en otra depresión, donde se sitúa el puerto de Guadarrama o del León (1.511 m.) por el que se pasa hacia Segovia. La continuación hacia el oeste se hace a través de una serie de lomas, cerros y cumbres de menor altura.

Lo que caracteriza a La Pedriza es la desnudez de la roca granítica, fragmentada en múltiples grandes cantos de leve coloración rosada, por diaclasas y hendiduras profundas. Formas redondeadas unas veces, agudas y aristadas otras, componen un paisaje casi sobrecogedor, que evoca los restos de un enorme derrumbamiento, entre los que podría estar vagando la misteriosa habitante de la Cueva de la Mora. Entre las rocas aparecen las jaras, el cantueso y las retamas, que ponen en primavera unas hermosas y olorosas manchas blancas, moradas y amarillas en medio del roquedal. Acercándose al suelo se descubre, además, una infinidad de pequeñas flores de olorosas plantas rastreras, como el tomillo y la mejorana. En determinados rincones más umbrosos, o en las pequeñas praderas intermedias, pueden aparecer flores más grandes y jugosas como peonías, lirios y narcisos salvajes.

Por su parte, el macizo de Peñalara es otro singular elemento paisajístico, el más alpino de la cordillera, con sus circos de origen glaciario y sus hermosas lagunas entre barrancos y acantilados de fuerte pendiente. La laguna Grande, de cerca de 5.000 metros cuadrados de superficie, es un perfecto ejemplar de cavidad labrada en la roca por la especial ac-

ción erosiva de un glaciar cuaternario, al mismo tiempo que un insólito paraje pedregoso a 2.021 metros de altitud y a menos de 50 kilómetros del norte de Madrid. En cambio, la laguna de los Pájaros, a 2.170 metros, de menor extensión, está rodeada de praderas y laderas suaves, llenas de flores en primavera. De las lagunas fluye el agua por pequeños cauces entre rocas, que acaban llegando al Lozoya, el río interior del Guadarrama. Porque no podemos olvidar los ríos, en el marco natural de Madrid.

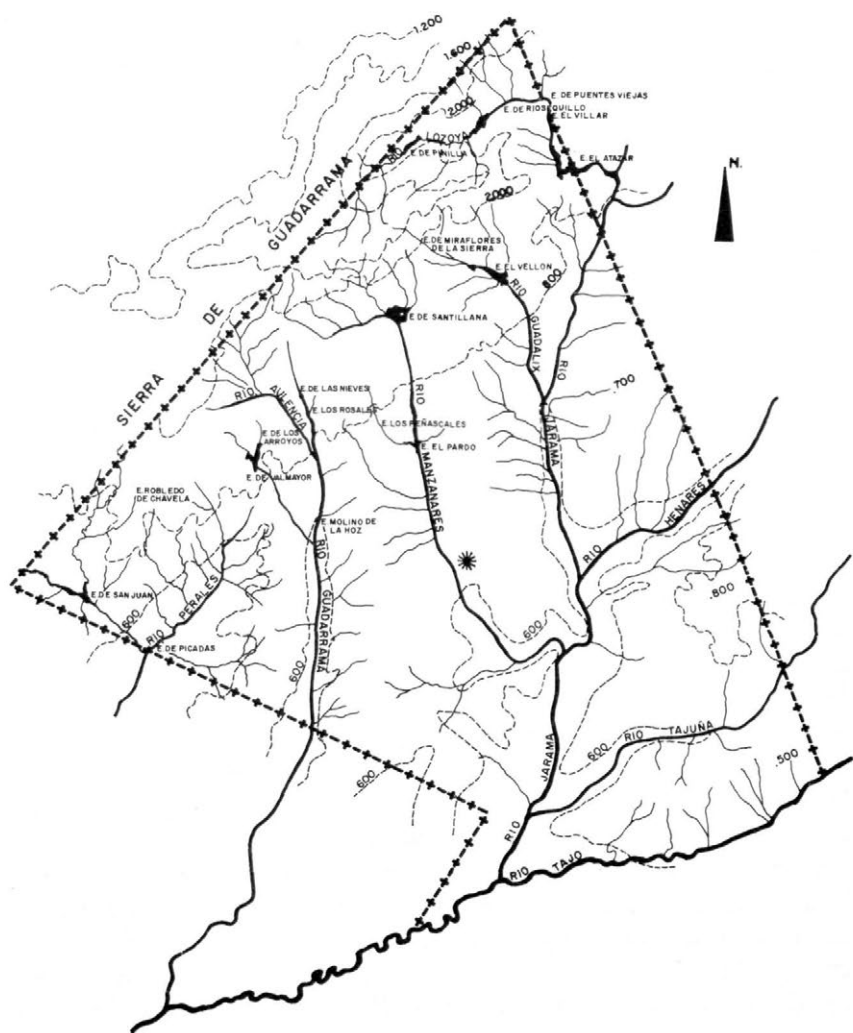
El territorio está surcado por una red fluvial que corre, en términos generales, de norte a sur o de noroeste a sureste, según la pendiente del terreno, aunque con tramos accidentalmente orientados. Los ríos principales, todos ellos afluentes del Tajo, son el Jarama, al este de Madrid, y el Guadarrama, al oeste. Ambos nacen en la sierra.

El valle del Jarama es de sección asimétrica. A la altura de Madrid la margen izquierda, o sea, por el este, presenta fuertes desniveles con altas escarpaduras y barrancos que llegan a tener 150 metros de altura sobre el río. En cambio, la margen derecha u occidental está constituida por amplias terrazas ligeramente escalonadas. Por ella le llegan varios arroyos de escasa importancia. Pero esa asimetría de sección cambia de lado un poco más al sur, después de recibir al Henares, como afluente por el este. A partir de ahí la erosión se traslada a la margen derecha originando barrancos y escarpes orientados ahora hacia el este. La explicación a este hecho hay que buscarla en un régimen fluvial mucho más importante y activo, en épocas remotas, en las que los afluentes de la derecha y de la izquierda jugaron papeles decisivos en la erosión del terreno, condicionando la actual morfología.

Afluente del Jarama por su margen derecha, llegando a él más al sur que lo hace el Henares por la izquierda, es el Manzanares, el pequeño río de Madrid, a cuyo lado creció la ciudad. Su valle es estrecho, encajado en el granito hasta llegar cerca de la ciudad, ensanchándose luego bastante, al sur de la población, en los aluviones miocenos. Para llegar al Jarama, cambia su rumbo y describe una amplia curva abierta por el norte, confluyendo después de otra curva fuerte, abierta ahora hacia el suroeste. Estos cambios de dirección, aparentemente caprichosos, han sido explicados por los geólogos y geógrafos, en función de fenómenos erosivos en épocas muy anteriores.

El Manzanares tiene numerosos arroyos afluentes, muchos de los cuales han desaparecido debajo de la ciudad o de las infraestructuras

de sus accesos. En otras épocas tuvieron su importancia como cursos de agua y, en buena medida, han influido en el desarrollo de la ciudad condicionando parte de sus formas. En este sentido, los más importantes son el que discurría por el fondo de la actual calle de Segovia, el de la Castellana, que lo hacía según el trazado del actual paseo del mismo



La red hidrográfica.

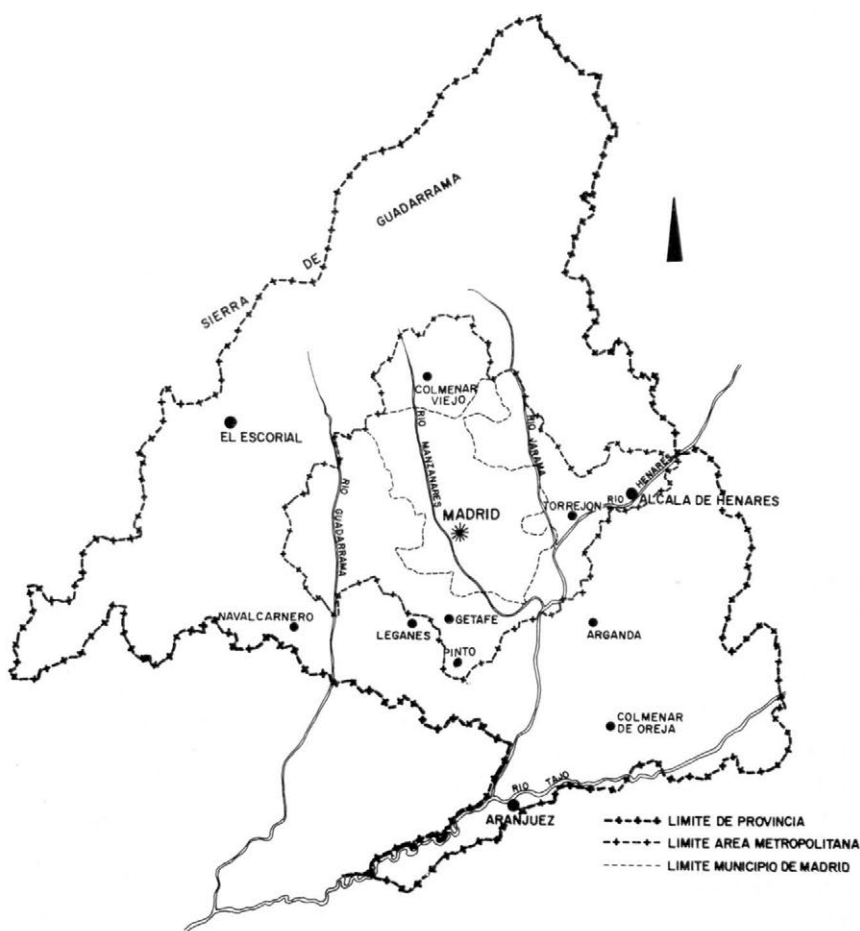
nombre, y el del Abroñigal, que seguía el curso de la actual vía M-30. Y de la misma manera que le ocurre al Jarama, también el Manzanares presenta sección asimétrica, con terrazas en la margen derecha y escarpes excavados en la izquierda. Precisamente a favor de uno de esos cortes del terreno se situó la inicial fortaleza árabe, que daría lugar al nacimiento de la ciudad, en buena situación de defensa y vigía sobre el valle. Y a partir de ese punto se iniciaría la expansión urbana hacia el este, así como hacia el norte y hacia el sur, contenida por el río y la pendiente hacia el oeste.

Madrid ha tenido, tradicionalmente, fama de gozar de un clima especialmente sano y tonificante. Y con independencia de que hoy sea una de las ciudades con niveles más altos de contaminación atmosférica, cuando se habla de sus condiciones naturales, hay que reconocer que, en efecto, su clima es muy satisfactorio, sin más que un período de unos dos meses al año en que las elevadas temperaturas y la sequedad ambiental pueden situarla fuera de las condiciones de confort. Lo más frecuente es un cielo luminoso y unas temperaturas agradables que, en lo más duro del invierno, no pueden compararse con las de tantísimas grandes ciudades del mundo, en las cuales se dan frecuentemente unas bajas temperaturas que jamás se alcanzan en Madrid.

Las temperaturas de Madrid están influidas por la posición en latitud (40° 24' de latitud norte) y por la continentalidad, pues aunque está situada en plena zona de clima mediterráneo, se encuentra en el centro de la Península, a más de 350 kilómetros del mar, sobre una elevada meseta, y toda ella se desarrolla en cotas superiores a los 600 metros de altitud. Por ello, aunque la temperatura media anual está entre los 13 y los 14 grados, la oscilación anual entre el mes más frío y el más cálido alcanza los 18 grados.

En invierno, las altas presiones, tan frecuentemente instaladas sobre la Península, protegen a Madrid de las perturbaciones oceánicas. El aire seco se enfría por la noche y aparecen los hielos. Si el anticiclón es débil, hay poco viento y el tiempo, a pesar del frío nocturno con temperaturas de varios grados bajo cero, es agradable de día, con el cielo azul y el aire (antiguamente) de gran pureza, celebrados por tantos poetas y escritores. Actualmente, en esas circunstancias se producen graves aumentos de la contaminación atmosférica. Pero también ocurre frecuentemente que las bajas presiones no estén tan centradas, sino desplazadas, lo que produce vientos en Madrid, de dirección predominantemente

suroeste-noreste, que limpian la atmósfera. Estos vientos del suroeste, así como los del oeste, son portadores de lluvias, especialmente en otoño e invierno, siendo noviembre el mes más lluvioso. La cantidad de lluvia es muy variable, según los años, pero puede decirse que se trata de cantidades comparativamente más bien pequeñas (alrededor de 500 mm. al año, con mínimas de 250 mm.) y el número de días lluviosos, más bien escasos, frente a aquellos de cielo completamente despejado. El soleamiento es, pues, considerable, con más de 2.500 horas anuales.



Los tres ámbitos administrativos.

Apenas nieva en Madrid, aunque queden siempre bien visibles las próximas cumbres blancas del Guadarrama.

En primavera el tiempo suele ser variable. Días soleados y cálidos alternan con enfriamientos y lluvias. Pero el calor va aumentando y a finales de junio es plenamente estival.

El verano es, en Madrid, cálido y seco, con temperaturas medias superiores a 20 grados y con escasas precipitaciones. En julio o en agosto pueden llegar a darse temperaturas de 39 ó 40 grados a la sombra.

A mediados de septiembre vuelven las precipitaciones y los descensos de temperatura, y se inicia el otoño, que suele ser la estación más agradable, con clima suavemente fresco y cielos alternativamente nubosos y despejados.

De acuerdo con la clasificación de Thornthwaite, el territorio de la provincia de Madrid recoge una variedad de tipos climáticos que van desde el claramente frío (en los puntos superficialmente muy reducidos de altura superior a 2.000 m.) hasta el que llama templado-frío y semicálido, que es el que se extiende por la mayor parte del territorio. En pequeñas franjas entre ambos se suceden, al descender de las cumbres serranas, los tipos templados-fríos-húmedos y los templados-semisecos.

MARCO ADMINISTRATIVO

Madrid, como todas las ciudades y pueblos de España, tuvo desde antiguo su territorio propio, su *término municipal*, cuyos límites sufrieron diversas variaciones a lo largo del tiempo. Actualmente es un gran territorio de más de 600 kilómetros cuadrados, de forma muy irregular y perímetros sinuosos. Está gobernado por un ayuntamiento elegido cada cuatro años, constituido por 57 concejales, presididos por el alcalde.

Todos y cada uno de los núcleos urbanos y rurales a los que se hizo anteriormente referencia, situados en el territorio que rodea a Madrid, tienen igualmente desde la Edad Media sus términos municipales propios y sus gobiernos municipales, constituyendo, desde el punto de vista administrativo, un mosaico de piezas irregulares, de tamaños muy diversos que encajan en los bordes del municipio de Madrid. Los más inmediatos a éste fueron los que en 1963 se tomaron para delimitar oficialmente el *área metropolitana*, de acuerdo con procedimientos estadísticos y consideraciones poco rigurosas, que hacen bastante cuestionable

tal delimitación, al haberse adoptado oficialmente la idea de región metropolitana, como ya hemos señalado anteriormente.

Ahora bien, la introducción del concepto de área metropolitana en 1963 obedecía a la idea de que la realidad urbana de Madrid excedía de la correspondiente a la propia ciudad y su término municipal. El crecimiento había hecho interdependientes con la ciudad a varios otros municipios limítrofes y existía una problemática nueva común, cuyo tratamiento exigía un entendimiento conjunto y una actuación coordinada. Por eso, igual que en otros países que habían creado entidades administrativas supramunicipales, para abordar las tareas del gobierno común de los municipios metropolitanos, se creó en aquella fecha para Madrid la correspondiente Comisión, con competencias extendidas sobre aquellos 23 municipios que formaban el área metropolitana.

Pero desde el punto de vista político y administrativo, la naturaleza institucional de ese órgano de gobierno metropolitano resultaba muy cuestionable, en la medida en que, de todas las formas posibles, se había adoptado cuando su constitución, la más centralista y autoritaria, con débil y escasa representación de los ayuntamientos y férreo dominio del Estado, en correspondencia con la situación política general del país en aquella época. Ello dio lugar al desmantelamiento de aquella Comisión cuando, al final de la década de los 70, cambió dicha situación política y hubo nuevos ayuntamientos, libremente elegidos por sufragio universal (no lo eran obviamente los de la dictadura), haciéndose insostenible la vida del órgano estatal que entraba en colisión con una autonomía municipal, que aparecía entonces como unpreciado derecho de libertad a ensalzar y reivindicar.

Por otra parte, la Constitución de 1978 introdujo el derecho a la autonomía para regiones y nacionalidades que integran el Estado, abriéndose entonces un proceso político de notable trascendencia histórica que ha desembocado, como es sabido, en la actual organización política administrativa. Entre esas regiones y nacionalidades, que en los primeros años 80 fueron accediendo a esa autonomía, el caso de Madrid planteó dudas y problemas graves, tanto para integrarse en una de las regiones autónomas adyacentes con personalidad histórica, como para crear una región propia, lo que hubiera exigido detraer territorios, para ello, de esas regiones circundantes. La singularidad del caso de Madrid, a consecuencia de su papel histórico como capital del Estado, que por otra parte la Constitución vuelve a reconocer, llevó a la solu-

ción de deslindar y definir como *región autónoma* el territorio que forma el entorno de Madrid, tomando como límites de la misma los que en 1833 se habían fijado para la provincia, cuando se hizo la división administrativa provincial de la nación que está vigente desde entonces.

La figura aproximadamente trapezoidal de 7.995 kilómetros cuadrados de extensión, de superficie descendente de noroeste a sureste, que



Distritos y barrios.

forma la provincia de Madrid, tiene dos de sus lados opuestos, apoyados en rasgos naturales bien definidos: la sierra de Guadarrama y el valle del Tajo. Pero los otros dos no tienen determinación geográfica natural: ni accidentes topográficos, ni cursos de agua, ni cambios de suelo, ni diferencia paisajística. Por eso la delimitación de la provincia arrastra, desde la fecha de su adopción, la acusación de artificialidad y falta de justificación. A pesar de ello, esos límites son los que, con apoyo en la Constitución de 1978, fueron aprobados para el territorio de la *Comunidad de Madrid* en 1983. El preceptivo estatuto señala expresamente que el pueblo de la provincia de Madrid se constituye en Comunidad Autónoma, siendo su territorio el de los 176 municipios comprendidos dentro de los límites administrativos de dicha provincia. Los límites de una demarcación administrativa, dibujada sobre el mapa sin demasiada justificación en 1833 a efectos administrativos de un estado centralista, se adoptan para configurar una región autónoma a la que ahora se llama región metropolitana. Es evidente que existían razones políticas que desaconsejaban una alteración de esa vieja demarcación históricamente ya asumida, tratando de definir el territorio lógico de una verdadera región de Madrid. Pero eso no debe hacernos ignorar que cualquier definición de región, por elementalmente que hubiese sido formulada, hubiese llevado necesariamente a trascender los límites de la vieja delimitación provincial de 1833, en cuanto se hubiesen manejado criterios geográficos y económicos actuales.

El municipio de Madrid se encuentra dividido, a efectos administrativos, en 21 *distritos*, cada uno de los cuales está compuesto por un número variable de *barrios*.

FORMA Y TAMAÑO

La configuración y organización espacial de Madrid, en sus rasgos fundamentales, están directamente relacionadas, aunque no sólo con ella, con una forma expansiva de ocupación progresiva del territorio a partir de un punto inicial, condicionada por la morfología del territorio en que esa expansión se produce. En términos generales, puede decirse que se trata de una ciudad de modelo radial, en el cual el crecimiento se produce principalmente a lo largo de las vías de comunicación que parten de ella, ocupándose luego el resto de los sectores circulares com-

prendidos entre dichas vías. Por lo general, en las materializaciones concretas de este modelo, tanto más regular es la organización urbana resultante, cuanto menos condicionante sea el terreno, es decir, cuanto más homogéneo y semejante sea en todas direcciones.

En el caso de Madrid, la morfología territorial ha dejado claramente marcada su influencia en la forma de la ciudad. El río Manzanares, el arroyo Abroñigal y la vaguada de la Castellana son tres elementos lineales claramente fundamentales en la organización urbana general, que proporcionan al plano de Madrid su peculiar personalidad, por deformación del modelo teórico. Ninguno de ellos ha sido nunca realmente una barrera (ni siquiera el río, estrecho y poco caudaloso, al contrario que en otras ciudades fluviales) y, en cambio, los tres han acabado siendo utilizados como arterias principales de circulación, con



La mancha urbana, su red de comunicaciones y su tamaño.

papel morfológica y funcionalmente estructurante. (El río lo es al canalizar la circulación por sus márgenes, no por su pobre cauce.)

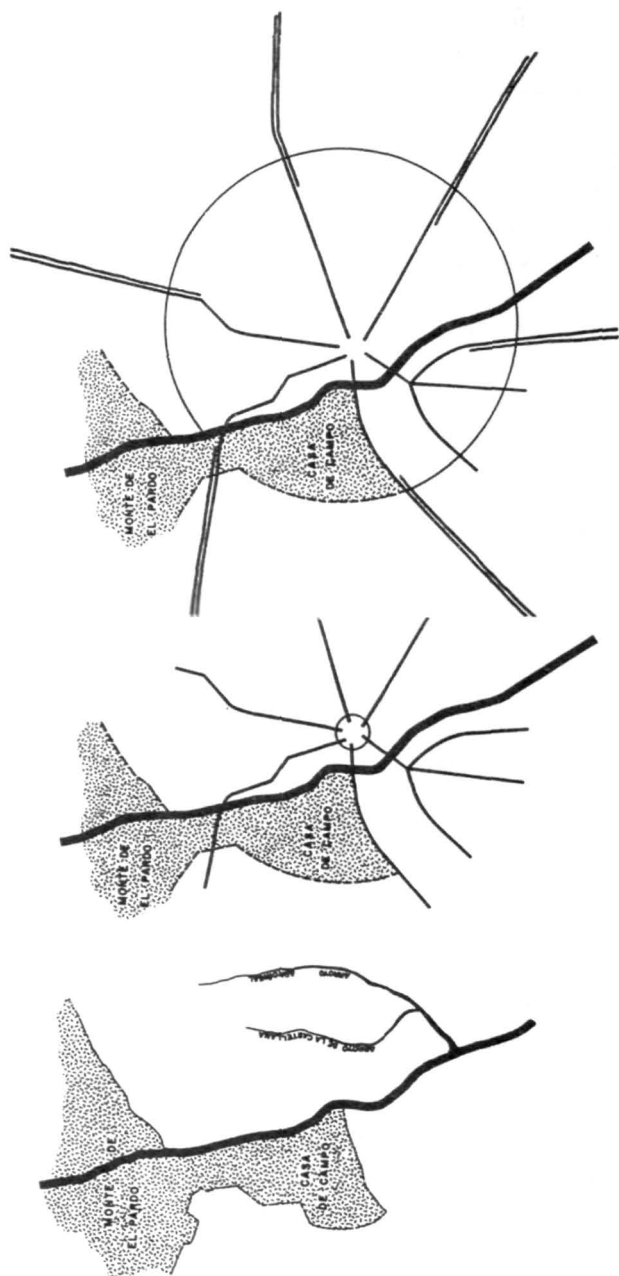
Pero hay otra importante particularidad del caso de Madrid, dentro de las ciudades de tipo radial, que contribuye aún más a singularizarla. Y ahora no se trata ya de un condicionamiento de la morfología territorial, sino de un hecho histórico, felicísimo ejemplo de la forma en que, de modo totalmente aleatorio y contingente, los procesos de desarrollo histórico, es decir, culturales y no naturales, son afectados por la acción del hombre, en forma imprevisible, alejándolos de todo mecanicismo o biologismo determinista.

La ocupación del espacio alrededor del centro histórico de Madrid no cubre el círculo completo, falta un cuarto de círculo, a pesar de que el terreno no ofrece características morfológicas que justifiquen esa falta de ocupación. Pero es que la Casa de Campo, unida luego por la Puerta de Hierro con el monte de El Pardo, era propiedad de la Corona desde que la adquirió Felipe II, y así continuó hasta que pasó directamente a dominio público durante la Segunda República, preservándose así de una ocupación, que a buen seguro le habría sobrevenido de haber sido propiedad privada como el resto del espacio circundante. Así, ese cuadrante vacío, que llega casi al centro de la ciudad, es un hecho atípico, casi insólito, en el panorama urbanístico mundial, que, como decíamos, singulariza el caso de Madrid desde el punto de vista de su forma general.

Se podría objetar que más allá de los límites de la Casa de Campo se han producido ocupaciones del espacio por la urbanización y que existían pueblos que, apoyados en la ramificada red de carreteras, han quedado englobados en el área metropolitana, en la cual sí llegaría a cumplirse el cierre del círculo. A lo cual se puede contestar que tal ocupación distante, esparcida, difusa y discontinua, no invalida la evidencia de la señalada interrupción del desarrollo circular compacto tal como se da en los otros tres cuartos del círculo.

Así pues, puede decirse que Madrid es una ciudad que, en líneas generales, se ajusta al modelo radial, si bien algunas condiciones naturales y circunstancias históricas han proporcionado a su plano unas determinadas características peculiares, que lo singularizan y le confieren inconfundible personalidad.

Pero además, ocurre que si ese modelo radial espontáneo, con las correspondientes deformaciones que, en cada caso real, individualizan a

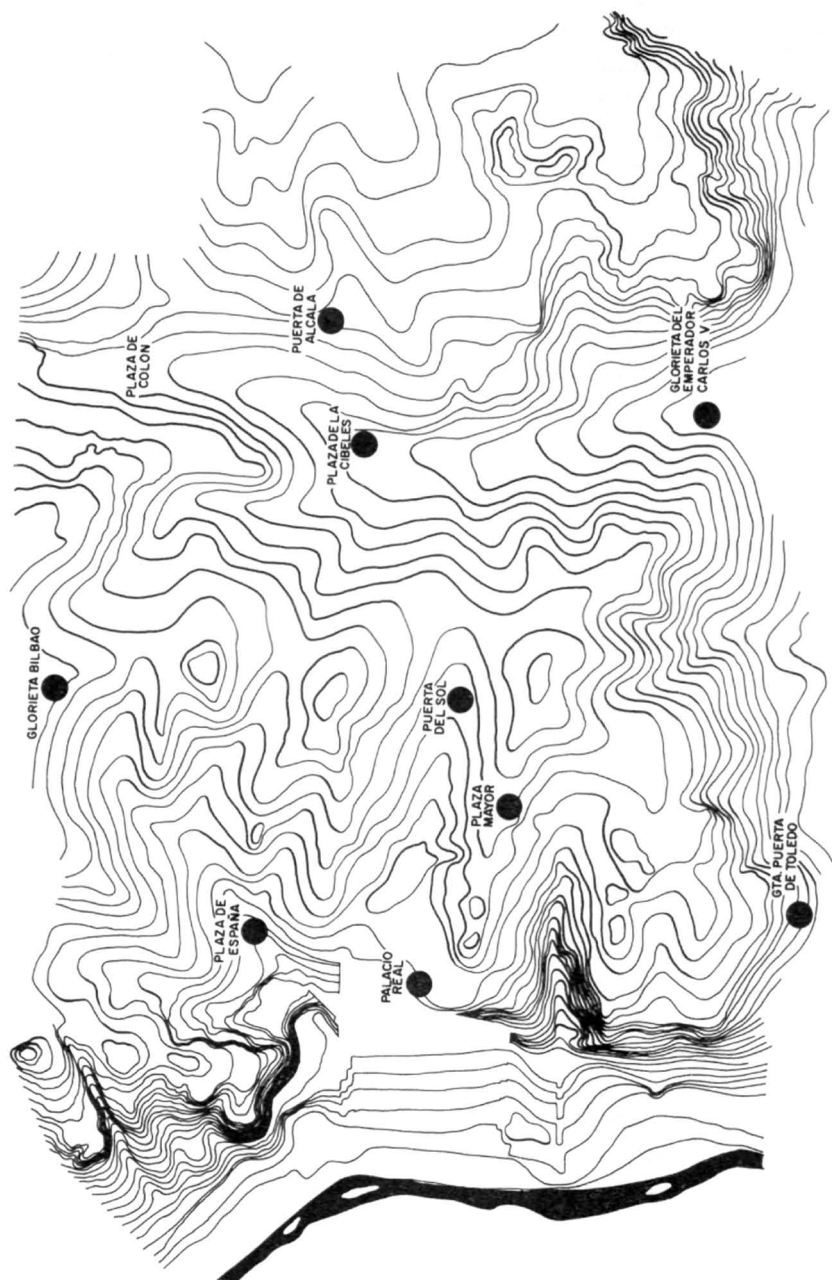


Emplazamiento, condiciones de entorno y forma de crecimiento. La masa forestal del oeste, preservada desde la Edad Media, ha impedido el crecimiento circular completo.

cada ciudad concreta, es característico de una infinidad de formaciones urbanas de todo el mundo y de todos los tiempos, en el caso de Madrid concurren otros factores históricos que superpusieron otra radialidad. Las calles principales son la herencia, en el plano actual, de los antiguos caminos que salían de la ciudad y que empalmaban con la red de caminos generales del país. En el caso de Madrid, la radialidad local se insertaba en un esquema general de comunicaciones que hasta el siglo XVIII no convergía en Madrid. Pero es entonces cuando a la radialidad viaria local, generada por la ciudad, se superpone una nueva que hipertrofia el esquema histórico y lo proyecta sobre el territorio circundante, podría decirse que a escala peninsular. Ello ocurre efectivamente cuando se decide construir el sistema radial de carreteras nacionales para unir la capital del Estado centralista con los principales puntos de la periferia. Y en el siglo XIX, la eficacia de los brazos de esa estrella se duplica, al adoptarse la misma estrategia para la organización espacial de la red de ferrocarriles nacionales.

Así pues, a la vieja radialidad espontánea de la ciudad antigua se superpone entonces una nueva radialidad territorial, proyectada como estrategia comunicadora, que vuelve a servir de apoyo al crecimiento siguiente de la ciudad e incluso lo sigue siendo del área metropolitana.

Es esta misma razón, la radialidad itineraria de un crecimiento histórico espontáneo apoyado linealmente en ella, la que explica la escasez que posee Madrid de vías transversales de unión entre los radios, cada uno de los cuales soportó crecimientos casi independientes. No puede hablarse, pues, en el caso de Madrid, de modelo radioconcéntrico, sino de modelo radial, a pesar de los esfuerzos recientes para pasar de éste al radioconcéntrico, a través de la creación de tramos de unión, concebidos con esa intención. Entre ellos, el más importante es la M-30, que no llega hoy todavía a completar un anillo entero, sin que exista ningún otro, ni siquiera el Paseo de Ronda, o el límite del Ensanche, que nunca fue tampoco una circunvalación completa. Así, las diversas piezas que constituyen el cuerpo total de la ciudad son, unas veces, protuberancias montadas sobre la propia vía, a ambos lados de ésta, mientras que otras, la vía actúa de separación entre dos piezas independientes crecidas a cada lado. Generalmente, el primer caso se da en las primeras etapas históricas de crecimiento, con un camino que se transforma en calle, mientras que el segundo caso se da en etapas más recientes, con una carretera que se transforma en autovía.



La forma del terreno.

Porque la ciudad dista mucho de ser una continuidad edificada homogéneamente. Está compuesta claramente por piezas muy diversas de muy diferentes características, que aparecen como fragmentos heterogéneos, unas veces discontinuos y otras simplemente yuxtapuestos unos con otros, con frecuencia en forma poco armónica. A veces en contigüidad total, a veces con marcadas separaciones con cortes y discontinuidades y espacios intersticiales vacíos. Pero no son como las piezas de un mosaico o de un *puzzle*, que encajan para componer una figura que las unifica por encima de sus límites. Son piezas que, en cierto modo, parecen independientes, ensambladas sin una lógica superior, casi por azar. Se diría, a menudo, que penosamente, mostrando dificultades de articulación y empalme. Son piezas que generalmente se distinguen tanto por sus límites, que están dados por soluciones de continuidad, como por sus características internas de homogeneidad en tipología edificatoria y en tratamiento del espacio urbano, es decir, en la forma de articulación de los vacíos y llenos que forman los edificios y los espacios libres. Por eso, el plano de Madrid, o la visión aérea de la ciudad, ofrecen un buen ejemplo de aquello que entendemos como *collage* urbano, a partir de Colin Rowe, poniendo de manifiesto esa forma de ensamblaje entre las partes diversas que constituyen el ámbito de una ciudad compleja, como es toda gran ciudad actual, con siglos de historia detrás, que han ido dejando añadidos y ensamblajes sucesivos ⁴.

En el *collage* urbano madrileño pueden distinguirse una gran cantidad de piezas. Casi tantas como se desee, en función de la finura del análisis y la dimensión con que se haga el despiece, pues éste puede ser más o menos simplificado. En cualquier caso, una representación gráfica de ese despiece, por muy simplificado que se haga éste, arrastrando el riesgo de desvirtuar su significado, requiere planos de gran tamaño, ya que el *collage* está compuesto de piezas grandes, pero también de un sinfín de pequeñas piecillas ensambladas o, a veces, incrustadas en otras piezas mayores.

Solamente a efectos de comunicar esa visión de la ciudad como un ensamblaje de piezas heterogéneas, se acompaña un gráfico, necesariamente muy simplificado, pero también muy expresivo, que permite visualizar la forma global de la ciudad y facilita una aproximación para el entendimiento de la complejidad del espacio urbano que la compone.

⁴ C. Rowe y F. Koetter, *Ciudad Collage*, Barcelona, 1981.

Veamos ahora los aspectos dimensionales.

Una circunferencia de sólo 10 kilómetros de radio, con centro en la plaza de Cibeles, deja en su interior a toda la ciudad, contadas sus protuberancias, y además incluye una gran cantidad de espacio no ocupado por ella, ya que entre dichas protuberancias quedan vacíos importantes. Mientras que el círculo de cinco kilómetros (con el mismo centro) resulta bastante densamente ocupado por la edificación (aunque es importante la superficie intersticial entre algunas grandes piezas). Fuera de él la ocupación se hace más discontinua, agrandándose los intersticios entre las piezas a medida que se avanza hacia afuera, así como los vacíos entre las ramificaciones o protuberancias que prolongan la ciudad. De este modo, los espacios no ocupados son tan importantes dentro de la circunferencia de los 10 kilómetros de radio, que llegan a representar más del 50 % de la superficie total del círculo correspondiente. Estos espacios, en general, son eriales y tierras pobres de secano, con manchas, a veces extensas, de matorral, excepto en el cuadrante noroeste donde aparece la cuña boscosa de que ya hemos hablado.

Pero sí, dentro del círculo de 10 kilómetros de radio, la superficie ocupada por la edificación no llega al 50 %, fuera de dicho círculo la superficie ocupada es mínima comparada con la que queda libre. La corona circular comprendida entre las circunferencias de 10 y 20 kilómetros de radio se encuentra mayoritariamente dedicada a suelo agrícola, aunque ahí se sitúa también la mayor parte de los núcleos que, por hipertrofia de antiguos pueblos, forman el conjunto metropolitano, dándose las ocupaciones de suelo más importantes en el cuadrante suroeste, donde se sitúan muy próximos varios de los más extensos (y populosos) núcleos del área.

Poniendo en relación esta dimensión superficial con el tamaño de la población, es como puede entenderse bien que Madrid sea siempre considerada como una de las grandes ciudades mundiales más compactas.

ESPACIO URBANO

Hablar del espacio urbano de Madrid es hablar de muchos tipos diferentes de espacio urbano. No puede decirse que haya una forma de espacio urbano específicamente madrileña, característica de esta ciudad, ni porque sea propia y original, ni porque sea hegemónica y dominante.



El collage urbano formado por heterogéneas piezas yuxtapuestas.

Existen formas múltiples, diferentes, interrumpidas aquí y allá por la fragmentación y las discontinuidades.

Esta variedad es, en general, un atributo positivo en una gran ciudad. La dota de un mayor interés que si toda ella respondiera al mismo tipo de espacio, y entonces es sólo la arquitectura (y la vegetación en menor medida) la que puede conseguir evitar la repetitiva monotonía, que es el peligro de las ciudades homogéneas en cuanto a forma del espacio urbano, como ocurre, por ejemplo, en algunas ciudades indefinidamente cuadrículares americanas.

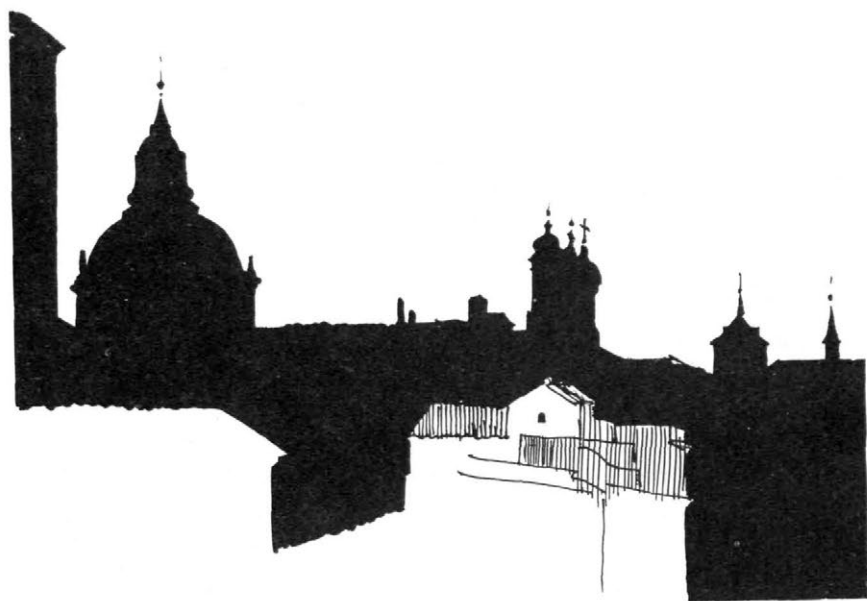
La existencia de discontinuidades y de cambios en la forma del espacio es, como acabamos de decir, satisfactoria en general, porque enriquece la experiencia perceptiva del entorno y aumenta su interés y su atractivo o, al menos, mitiga el cansancio de la constante identidad. Pero puede ocurrir también que la variedad sea excesiva y los intervalos de cambio muy reducidos, produciéndose entonces una fatigante confusión perceptiva, sobre todo cuando la secuencia de tipos diferentes de espacio está dada por fragmentaciones y discontinuidades abruptas y no existen transiciones y pasos.

Las dos cosas se dan en Madrid: cambios interesantes bien articulados y amalgama discordante de fragmentos heterogéneos bruscamente contiguos. Entre los primeros está, por ejemplo, la transición bien articulada por los lados del Teatro Real, entre el estrecho y tortuoso callejero del Madrid antiguo, y la geométrica amplitud de la plaza de Oriente. En este caso, además, la austera arquitectura de la iglesia de la Encarnación y el adjunto caserón conventual encontrarán un estimulante contrapunto en la refinada y amable opulencia de la fachada principal del Palacio Real, que aparecerá enseguida, al recorrer la transición entre esas dos formas de espacio. En cambio, quien desee encontrarse confuso, casi hasta el mareo, por una percepción urbanística excesivamente sincopada, fragmentada y heterogénea, adéntrese por los espacios periféricos comprendidos entre dos de las salidas de Madrid hacia el sur.

A continuación, se ofrece un intento de identificar y caracterizar las formas principales de espacio urbano que se encuentran en Madrid, tratando de establecer una tipificación que las clasifique en unos cuantos modelos que se dan repetidamente en distintas piezas de la ciudad.

Casco antiguo

Red viaria estrecha, frecuentemente tortuosa o quebrada, con abundantes bifurcaciones a partir de ciertos puntos, que dan ángulos agudos entre las dos calles que se separan, en típica morfología caminera, según señaló Fernando Chueca en inolvidable libro, como veremos más tarde. Las manzanas son de tamaños desiguales y de formas irregulares. La edificación compacta actual es producto de una renovación sucesiva sobre un parcelario bastante fijo. Frecuentemente la altura es muy superior al ancho de la calle, con lo que se produce a menudo el «efecto desfiladero». Puede añadirse la escasez de espacios libres y la presencia de abundantes edificios singulares civiles y religiosos, antiguos y modernos, cuyas eminencias asoman por encima del caserío produciendo un hermoso y original perfil de cúpulas y chapiteles que tensionan y cualifican su entorno inmediato. Éste está constituido, en su mayor parte, por edificios de vivienda colectiva. Son mayoritariamente de cinco plantas, con fachadas revocadas o de ladrillo visto (muchas veces piedra en



Perfiles del antiguo Madrid.

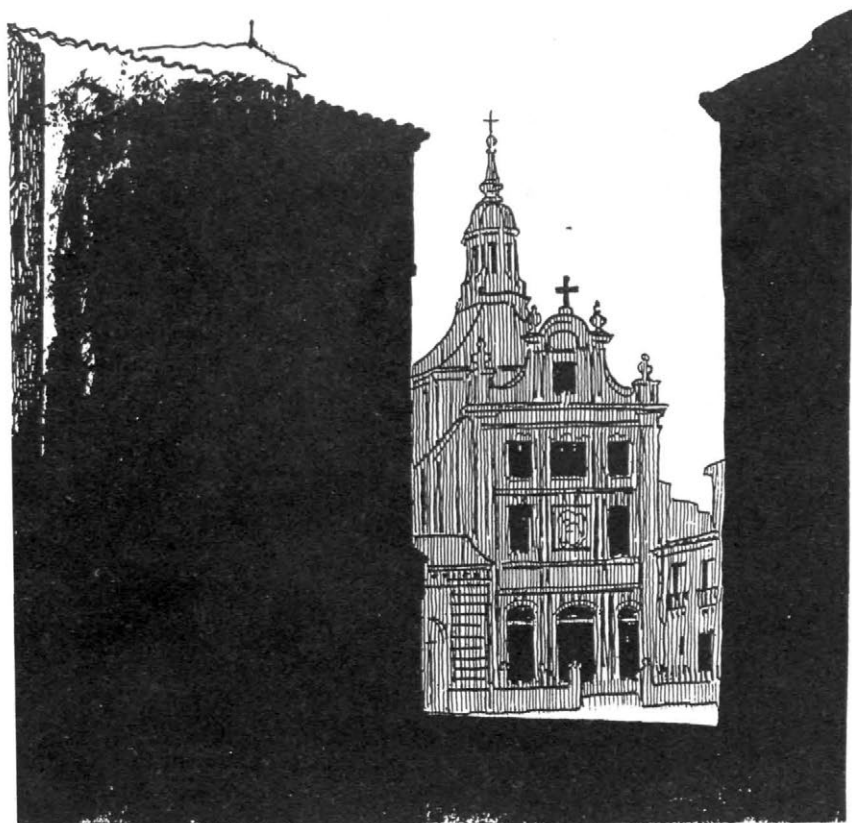
la primera planta). Tienen balcones con rejas o barandillas de hierro (en algunos casos miradores acristalados) y cubiertas de teja con buhardillas. La ocupación en profundidad de las manzanas de mayor fondo da origen a casas con viviendas sin fachada a la calle, sino a patios interiores.

Corresponde este tipo a la parte más antigua de Madrid, al llamado «casco antiguo». Dentro de esta gran pieza puede distinguirse una parte donde las características de irregularidad y tortuosidad viaria son más acentuadas, que corresponden a la primera etapa urbana, la fundación árabe. El resto corresponde a los crecimientos medievales y posteriores hasta el siglo XVII incluido, como se verá más tarde, al estudiar el proceso histórico de formación de Madrid. El caserío original ha sido sustituido varias veces, sucesivamente a lo largo de los siglos, conservándose sólo algunos vestigios del Madrid primitivo y bastantes edificios singulares posteriores a la Edad Media. El caserío actual es del siglo XIX, en más del 50 %, pero existen abundantes muestras de edificación de siglos anteriores y, desde luego, muchas del siglo actual. Éstas presentan características arquitectónicas muy diferentes de las de la arquitectura anterior, especialmente aquellas que son posteriores a los años 30, cuando se produjo la introducción en España de la arquitectura moderna, que rompía con los historicismos y academicismos anteriores, con ayuda de materiales y técnicas nuevos.

Hay que decir también que, dentro de esta gran pieza, y con independencia del discreto medio tono del caserío dominante, hay episodios singulares que se insertan en ella, introduciendo puntual o linealmente importantes elementos de características especiales, dadas tanto por el tratamiento y organización del espacio, como por la propia arquitectura.

Algunos de estos episodios son de reducida escala y se insertan discretamente en el callejero. Son pequeños ensanchamientos de las vías. Las fachadas de los edificios se quiebran y se distancian, apareciendo un espacio vacío, totalmente acotado y formalmente definido por esos planos verticales que lo contienen. Son las plazas del antiguo Madrid, algunas de ellas de gran atractivo plástico y ambiental, cuando no están desgraciadas por el exceso de automóviles aparcados, o por alguna equivocada operación reciente de tratamiento ambiental, realizada sin sensibilidad cultural. Muchas veces estos espacios están embellecidos y dignificados por la hermosura de alguno de esos edificios singulares ya aludidos, muy frecuentemente alguna iglesia o convento del siglo XVII,

con portada de granito, fábrica de cálido ladrillo y cúpula o chapiteles cubiertos con pizarra, destacando su oscura silueta en un pedazo de luminoso cielo que queda acotado también entre las fachadas próximas: la Encarnación, San Nicolás, el Sacramento . . . Otras veces es un espacio más complejo, con juego más contrapunteado de arquitecturas variadas: plaza de la Villa, plaza de la Paja, plaza de los Carros . . . Austeras ortogonalidades del XVI y XVII dialogan con las secuencias más fluidas que forman curvas y contracurvas en granito y caliza blanca, ofrecidas por las iglesias del XVIII. En cualquier caso, existe un repertorio de plazas, de muy diversos tamaños y variadas formas, que enriquecen este espacio urbano y le confieren un interés plástico y ambiental

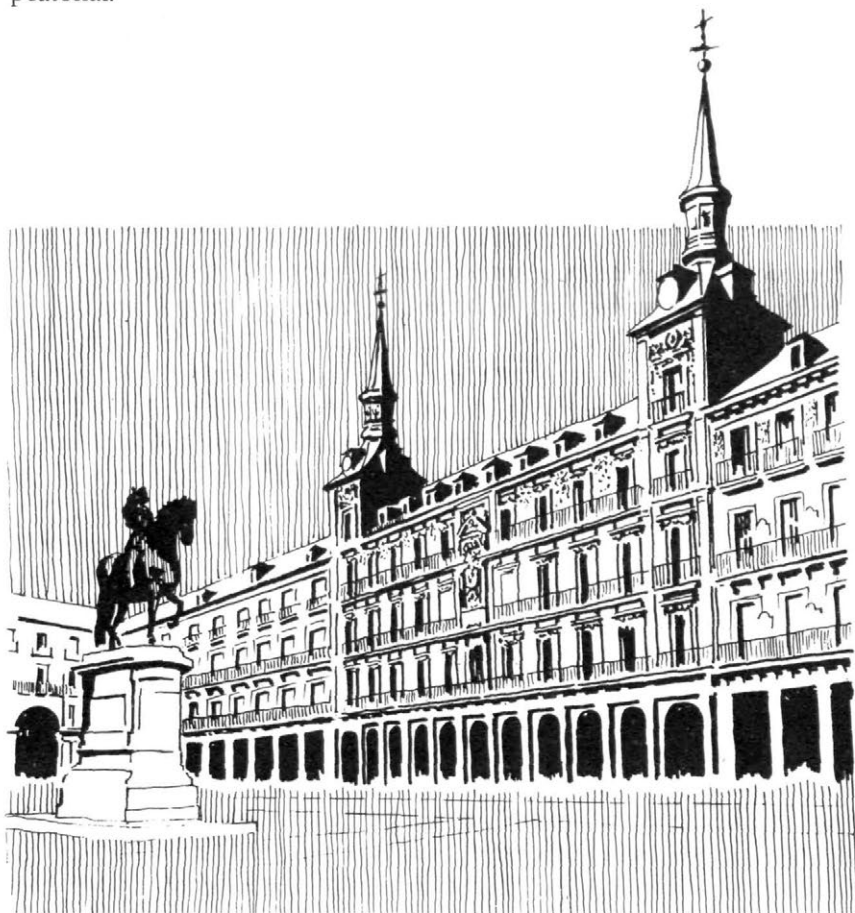


La iglesia del Sacramento.

indudable. A lo cual contribuyen también algunos edificios singulares, de gran interés arquitectónico, dispersos entre el caserío. Habría que citar el ennoblecimiento que produce, en el primer tramo de la calle de Alcalá, la contigüidad de la Casa Real de Aduanas, creada por Carlos III (actual Ministerio de Hacienda), y el Palacio Goyeneche (actual Academia de Bellas Artes de San Fernando). O las bellísimas fachadas, que condicionan toda una calle, de los palacios de Santoña (Cámara de Comercio e Industria), Miraflores (Seguros la Atlántida) y Marqués de Perales (Hemeroteca Nacional), o el Cuartel del Conde Duque (Centro Cultural y Archivo Municipal), o la impresionante portada del Hospicio (Museo Municipal).

Pero también se dan otras cosas de mayor envergadura, que, por lo general, responden a intervenciones reformadoras o remodeladoras, actuando sobre una situación anterior diferente. Estos espacios han sido formalizados de acuerdo con una estudiada preconcepción, y no son el resultado, como los anteriores, de aleatorias secuencias de hechos independientes. Así lo proclama claramente, por ejemplo, la geométrica perfección del rectángulo de la plaza Mayor, y la regularidad repetitiva de la arquitectura de sus fachadas, en acusado contraste con todo su entorno, en el cual aparece artificiosamente inserta, mostrándose en clara contradicción con el carácter irregular, fragmentado y variado de éste. Vuelve a aparecer así, a una nueva escala, la idea del *collage* urbano de elementos menores, en el interior de cada una de las grandes piezas que componen el *collage* total de la ciudad. Y vuelve a ponerse así de manifiesto la validez de la concepción de lo urbano como ensamblaje contingente de discontinuidades y heterogeneidades, desmintiendo las visiones naturalizadoras de la ciudad como ente biológicamente desarrollado siguiendo pautas necesarias. En cualquier caso, el contraste es atractivo y la entrada a la plaza por cualquiera de sus embocaduras, en forma de pasaje angosto y cubierto, tiene algo de sorprendente transmutación que emociona. A ello contribuye poderosamente la total disponibilidad del espacio por el peatón, la insólita ausencia de automóviles. Desde el centro, el bronce oscuro de la hermosa estatua ecuestre de Felipe III, sobre su alto pedestal, señorea ese ordenado espacio que apareció precisamente durante el reinado de este monarca. La cultura de la imagen ha hecho tan conocida la plaza en todo el mundo, que la ha convertido en un familiar e intemporal punto de encuentro.

Muy distinta es la Puerta del Sol, espacio formalmente modelado también de forma voluntaria por actuación preconcebida, pero curvado y asimétrico. El amplio arco que forma uno de sus lados se realza por el carácter homogéneo de la arquitectura que lo configura, reforzando la unidad ambiental por encima de los cortes que le imponen las calles que desembocan en la plaza. La actual ordenación del tráfico, discuriendo paralelamente al lado recto, ha permitido disponer felizmente de una amplia acera acogida a la concavidad del lado curvo, que permite el uso de este espacio, aunque sea parcialmente, como dominio peatonal.



Felipe III en la plaza que mandó crear.

La plaza de Oriente es otro hermoso espacio, formalmente controlado, de esta pieza de Madrid. La presencia verdaderamente elegante y majestuosa del Palacio Real en el centro de uno de sus lados la convierte en uno de los monumentales lugares de la ciudad. Justamente enfrente, marcando el eje, está el Teatro Real, flanqueado simétricamente por dos manzanas de fachada curva que forman una especie de exedra en arco de círculo, que se abre al gran rectángulo ajardinado de la plaza. En su centro se encuentra otra de las más hermosas estatuas ecuestres del mundo, la del rey Felipe IV. Arquitectónicamente, considerados en sí mismos, ni el edificio del Teatro, ni las manzanas que lo flanquean pueden parangonarse con el Palacio, en su mediocre academicismo, pero sí puede decirse que cumplen dignamente la misión de configurar el espacio, con la que fueron concebidos *ex profeso*.

También hay algún elemento lineal, especialmente destacado por continuidad, anchura y énfasis arquitectónico, dentro de este espacio caracterizado a su vez por la discontinuidad, la fragmentación y la estrechez. Son reformas urbanas que han incidido sobre el espacio original, regularizando alineaciones, ensanchando tramos y, en algunos casos, abriendo calles nuevas que hubieron de rasgar el antiguo caserío. La más significativa de éstas es la Gran Vía, que constituye el eje más importante de esta pieza central que estamos considerando, tanto por su anchura, completamente inusual en este contexto (varía entre 25 y 35 m. con aceras de 7,5 m.), como por el conjunto de edificios que, acogidos a una ordenanza de mayor altura, se asoman a ella configurándola con sus fachadas y con las siluetas de sus coronaciones.

Comparada con operaciones semejantes, realizadas en otras grandes ciudades, la Gran Vía madrileña no pasa de ser una modestísima operación de recapitalización, con una justificación funcional real, basada en la necesidad de facilitar el tráfico transversal, y con unos resultados formales mediocres en su tono medio general. Destacan algunos edificios singulares, concebidos con ambición de personalidad propia, como sede de bancos, hoteles, cines, grandes empresas, comercio y oficinas, constituyendo un muestrario de las corrientes arquitectónicas que se han sucedido mientras duró la operación desde los años 10 de este siglo hasta los 40, incluyendo exhibiciones de eclecticismo, alusiones historicistas y nacionalistas (antes y después de la Guerra Civil), en lenguaje neoclasicista, neorrenacentista o neobarroco, directas influencias de la arquitectura americana y algún eco de vanguardias europeas.

Muchos de esos edificios, con otros que se alinean a lo largo de la calle de Alcalá, contribuyen poderosamente a fijar la imagen de la pieza urbana que estamos considerando, tanto o más que los distintos edificios antiguos dispersos dentro de ella (con excepciones tan señaladas como la del Palacio Real), que nunca llegan a formar una continuidad extensa. Alguno de ellos, de los modernos, por su fuerte personalidad y singularidad formal, trasciende semánticamente de ese ámbito formando parte, inequívocamente, de la imagen global de todo Madrid, como pasa con la plaza Mayor y el Palacio Real. Ocurre especialmente con los que ocupan la esquina de una bifurcación viaria, que pueden contemplarse de lejos y beneficiarse escenográficamente de su condición de proa (Metrópolis, Capitol . . .).

La Gran Vía acaba en ese enorme rectángulo deslavazado que es la plaza de España, a la que se asoman dos de los más altos y menos interesantes edificios de Madrid que, desgraciadamente, fueron también, durante muchos años, asociados a la imagen de una ciudad lanzada oficialmente a la complacencia en su propio gigantismo.

Antiguos ensanches

Pueden distinguirse varias piezas situadas alrededor de la anterior, con diferencias dimensionales y características algo distintas que, sin embargo, pueden ser englobadas en una caracterización general común. Se corresponden aproximadamente con los distritos de Chamberí, Salamanca, Retiro y Arganzuela.

Red viaria regularizada geométricamente, en forma de retícula ortogonal en muchos casos, aproximándose a esa forma en otros. Por tanto, abundancia de calles rectas cortándose en ángulo recto o parecido. Las manzanas son de tamaños y formas diferentes según los casos, pero mayoritariamente rectangulares o cuadradas, dándose formas trapezoidales, romboidales y triangulares cuando el viario no es perpendicular. Algo menos de 100 metros de lado mayor es una dimensión frecuente.

La anchura de las calles es variable. Mayoritariamente es de 15 o de 30 metros, pero también hay de 20 y de 40 metros. Esta sistematización dimensional, la constancia en esas anchuras a lo largo de toda una calle, la rectitud de las mismas, el ritmo constante de las intersecciones, son características propias de una organización espacial que, a todas luces,

con su regularidad geométrica, está proclamando su origen planificado, su obediencia a un trazado previamente concebido, frente a la aleatoriedad, heterogeneidad y diversidad casual de la pieza urbana que hemos considerado anteriormente. Y así es, en efecto, ya que ese orden procede del Plan del Ensanche que se hizo a mediados del siglo pasado, que se desarrolló con algunas transformaciones, como se verá más adelante en la parte correspondiente al desarrollo histórico de Madrid. Algo que ayuda a dignificar, hermosear y hacer atractivo este espacio urbano es la presencia de arbolado en alcorques en las aceras de muchas de esas calles, habiéndose perdido el gran atractivo de los bulevares, sacrificados hace ya tiempo, al automóvil.

Una de esas alteraciones se refiere a la forma de ocupación de las manzanas por la edificación, que el Plan proponía en forma esponjada y hasta discontinua en la alineación exterior para comunicar la calle con el interior vacío de las manzanas. Esa intención se perdió por completo, siendo sustituida en la realidad, salvo en escasas ocasiones, por una ocupación intensa de toda la manzana, que aparece totalmente cerrada al exterior. Unas veces, la ocupación se hace por parcelación en profundidad totalmente edificable, que da lugar a casas estrechas, de escaso desarrollo de fachada, con pequeños patios interiores. Otras veces, una alineación limita el fondo edificable y configura un patio de manzana mayor o menor que, en la mayor parte de los casos, ha sido ocupado, al menos en planta baja, con edificación interior.

Esta situación general se rompe en algunos casos muy singulares, como ocurre con la manzana ocupada por la conocida Casa de las Flores, en la que se experimentó un tipo de organización diferente, con espacio ajardinado centrado entre dos bloques longitudinales, pero que exigía incluir toda la manzana en el mismo proyecto y la misma promoción, lo que representa graves dificultades, frente al expeditivo sistema de trocear la manzana para proyectos y promociones pequeñas y variadas. Existen otros casos en que una promoción única ha desarrollado un proyecto unitario para toda la manzana, pero ninguna comparable con el acierto urbanístico y arquitectónico de la Casa de las Flores.

La altura de la edificación es variable, no sólo por zonas, sino dentro de un mismo ámbito. Ello es debido a una variación de la ordenanza reguladora que, inicialmente, limitaba esa dimensión a 20 metros lo que daba seis plantas, a las que, a veces, se añadía un semisótano. Posteriormente se fue elevando la altura permitida, por lo que en fun-

ción de la fecha de construcción (desde fines del siglo pasado en adelante) los edificios pueden llegar, en algunos casos, según el ancho de la calle, hasta la duplicación de la altura inicialmente concedida. En muchos casos se ha producido ya la renovación de la edificación original, fenómeno que, al ocurrir generalmente de modo puntual solar por solar, ha producido un incremento de la heterogeneidad arquitectónica, al insertarse edificios modernos, que sustitúan a los derribados, entre las medianerías de otros antiguos que se conservaban. Ello, unido a la variedad y mezcla de estilos empleada desde el principio, hace que la secuencia de fachadas que componen cada frente de manzana sea generalmente muy variada, con resultados visuales más o menos felices que rozan el abigarramiento: interesantes combinaciones de ladrillo, tratamientos neomudéjares o neoclásizantes, con grandes piezas de granito y miradores de hierro y cristal, alternan con revocos de tonos pálidos, moldurados alrededor de los huecos, en muchos casos profusamente adornados con bajorrelieves en piedra artificial, para reproducir efectos también de inspiración neoclásica, o más aún, directamente derivados del academicismo francés. Balaustradas, pináculos, guirnaldas pueden, otras veces, buscar su referencia en los regionalismos. Escasa repercusión, aunque hay algún ejemplo, del *modern style* y del racionalismo. Y ya en la posguerra se generaliza un tipo de casa de pisos, que se inserta igualmente en los solares vacíos de la cuadrícula básica, cuya fachada se caracteriza por una rectangularidad acusada y sistemática de la composición, y un uso preferente del ladrillo con bandas, remates y basamentos de caliza, granito o piedra artificial. Muy frecuentemente, el plano de la fachada se retira hacia dentro fragmentariamente, para formar pequeños entrantes a modo de terrazas cubiertas, generalmente cerradas después por el usuario, con lo que vuelve a restituirse la planitud de la fachada que dichos huecos pretendían animar volumétricamente.

Evidentemente, en todos estos espacios urbanos, que corresponden al tipo de organización que estamos ahora considerando, pueden encontrarse en medio del caserío ejemplares de buena arquitectura de todas las épocas, y hay calles en las que la secuencia de fachadas puede llegar a ser muy satisfactoria. No es lo más general. Lo que domina es más bien una cierta banalidad, especialmente perceptible en la arquitectura correspondiente a las últimas etapas, desde la posguerra en adelante, que cuando predomina hace que estos espacios sean escasamente interesantes y poco atractivos.

Pero de la misma manera que ocurría en el casco antiguo, también aquí se encuentran numerosos elementos especiales que, insertos en la cuadrícula básica, no responden a las características de «casa de pisos entre medianerías» que es el tipo general de esta forma de espacio, aunque no siempre su uso sea el de vivienda, ya que muchos de sus edificios están destinados a oficinas.

En primer lugar, puede señalarse entre ellos la pervivencia de viviendas unifamiliares en forma de «hotelito» (que hoy llamaríamos *chalet*), de palacete o de palacio, ocupando parte de una manzana (frecuentemente una esquina) y flanqueado por medianerías al aire. Ciertamente que se trata de una presencia muy minoritaria, pero por ello mismo, y por su singularidad formal y volumétrica, llama la atención y se destaca con una fuerza que no le correspondería si fuera más habitual.

Unos alzan directamente su fachada sobre la alineación de la calle. En otros casos esa alineación está mantenida por una tapia o una verja, a veces con grandiosas puertas de hierro, y la edificación aparece retirada dentro de un pequeño jardín. Hay casos modestos, de ladrillo, con sólo dos plantas, como la casita a lo mudéjar del marqués de Núñez (en la calle de Eloy Gonzalo), y casos de gran esplendor «a la italiana» o «a la francesa», como los palacios de Amboage (hoy embajada de Italia), de Rafael (embajada de Bélgica), de Arenzana (embajada de Francia) o de Santo Mauro (embajada de Filipinas).

Otras veces se trata de edificios de mayor tamaño, cuya función no fue nunca la de vivienda. Albergaron colegios, asilos, conventos, casas de socorro, dispensarios, hospitales, oficinas, bancos, fábricas, hoteles o instituciones diversas. Sin contar con las iglesias, de función inconfundible a pesar de la variedad arquitectónica y estilística. Neomudéjar, neogótico, neorrenacentista, neoclásico, racionalista, eclecticismos varios y audacias modernas, se suceden en yuxtaposiciones casuales, ya que los solares se fueron rellenando de arquitectura para esos diversos usos, a lo largo de un tiempo bastante dilatado, desde el último tercio del siglo pasado hasta hoy mismo, reflejándose en ellos las variadas tendencias y estilos sucesivos o simultáneos. Elementos especialmente visibles por su tamaño y altura son las dos torres llamadas de Valencia y Retiro, ambas de finales de los años 60, de correcta concepción y realización, con independencia de la oportunidad de su excepcionalidad volumétrica. También por su tamaño se destaca el Palacio de los Deportes, de principios de aquella década. El alarde técnico que supone su enorme cu-

bierta no es perceptible a nivel urbano y, en cambio, su mole resulta un desagradable impacto de descuidada y anodina realización. La Escuela Superior de Ingenieros de Minas es un hermoso edificio que hubiera requerido un encuadramiento más espacioso, dada la potente definición formal de su estilísticamente ecléctica arquitectura, adornada por grandes murales exteriores de cerámica que constituyen inusuales enriquecimientos plásticos del ambiente urbano. Pintoresco, constructivamente interesante por el tratamiento de la piedra, de planteamiento funcional original, pero nada bello, es otro de los grandes edificios que no pueden pasar desapercibidos: el Hospital de Jornaleros, de principios de siglo, hoy una de las Consejerías del Gobierno autónomo de Madrid, que ocupa entera una de esas manzanas rectangulares típicas de estas áreas de ensanche. Y finalmente, para terminar de dar idea de la heterogeneidad de las piezas arquitectónicas ensambladas, como en otro *collage* menor, dentro de cada pieza grande del *collage* urbano, vale la pena recordar el escurialense enorme edificio del Ministerio del Aire, representante máximo de la ortodoxia arquitectónica franquista, que ha configurado con su condicionante presencia todo el amplio entorno de la plaza de la Moncloa e, incluso, con los grandes chapiteles piramidales sobre sus cuatro esquinas, la propia silueta de Madrid.

Antiguos suburbios

Son espacios urbanos externos, pero próximos, a los ensanches, caracterizados por la organización en manzana cerrada de ocupación compacta sobre trazado regular o semirregular, con una confusa y variada volumetría y una arquitectura heterogénea. Modestas casas antiguas de una, dos, tres y excepcionalmente cuatro plantas, aparecen mezcladas como testigos del pasado, en medio de un conjunto de construcciones más recientes de seis, siete y ocho plantas, con medianerías al descubierto. Está a la vista un proceso de sustitución puntual que todavía no ha terminado sino que continúa muy activo con constantes demoliciones y nuevas edificaciones. Frecuentemente, la mayor altura se corresponde con una nueva alineación que ensancha la calle, con lo que aumenta la confusión volumétrica.

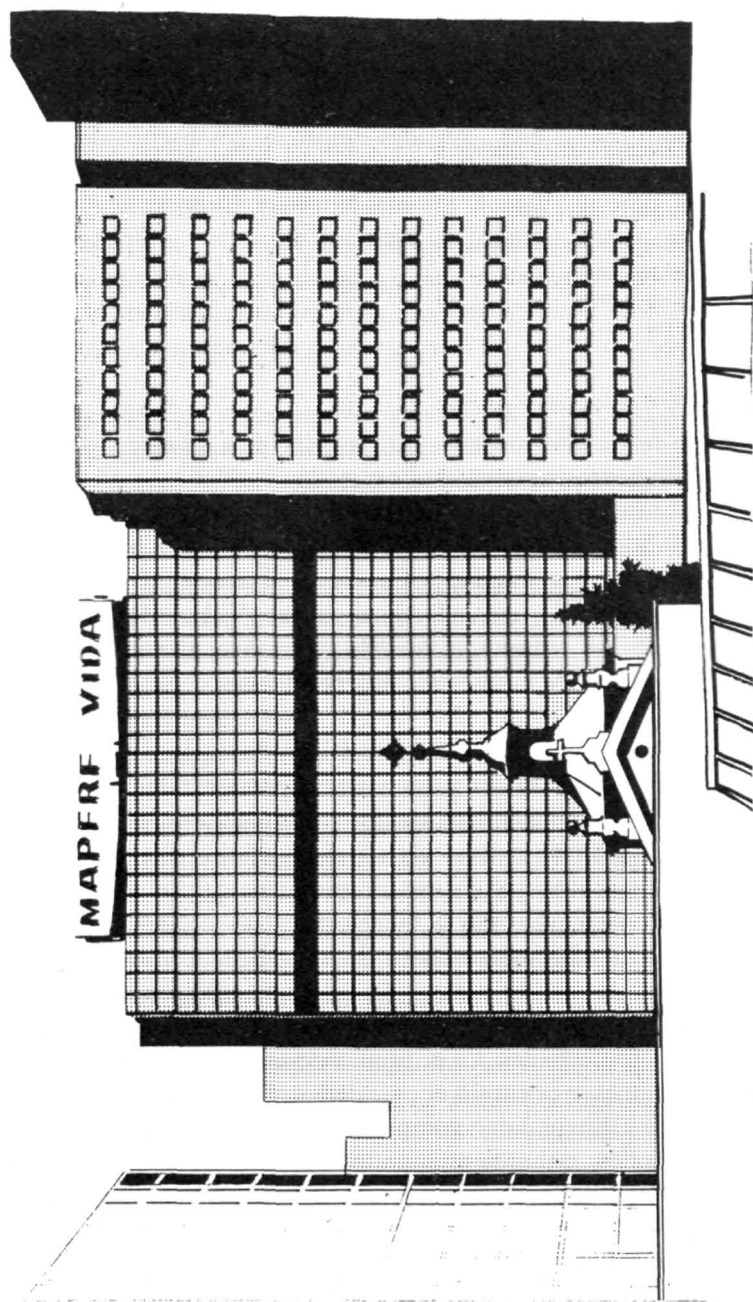
El trazado viario y la correspondiente forma y dimensión de las manzanas corresponden a adaptaciones iniciales al plano catastral rústico o a planos de alineaciones de promociones privadas que introduce-

ron retículas más o menos ortogonales y formas regulares de manzanas, bien para facilitar la comercialización de las parcelas, bien para construir barriadas completas.

El carácter de la arquitectura es, efectivamente, muy variado. Hay algunos de estos espacios en los que abundan las casitas de una o dos plantas de aspecto rural, manchego o andaluz, encaladas y cubiertas con teja árabe. En otros casos, las fachadas de ladrillo manual dejado a la vista muestran una intención estética en la forma de enmarcar puertas y ventanas, o de construir la cornisa, con juegos de ladrillo que, a veces, imitan tratamientos de la coetánea arquitectura neomudéjar. A veces son casitas mínimas, de una o dos plantas. Otras veces se trata de casas de pisos que pueden llegar a tener cuatro plantas. En la Guindalera, por ejemplo, se conservan aún algunas de estas casas, que aparecen como hermosas muestras de esta arquitectura menor de principios de siglo. Otras veces, correspondiendo ya a los años 20, son revocos de tonos grises, con molduras de estuco, lo que queda de otra etapa. Y todo ello coexistiendo con toda clase de añadidos y modificaciones parciales (recubrimientos de piedra o de cerámica en la fachada de la planta baja, por ejemplo). Pero en otros casos, lo que domina es una vulgar arquitectura más reciente, que acusa su realización con mínimos costes y con escasa intención estética.

Frecuentemente, la falta de actuación sobre la topografía original, producto de la ausencia de inversión en infraestructura, es responsable de fuertes pendientes o, a veces, de cortes o desniveles de cierta importancia. Puede decirse, de modo general, que estas piezas de ciudad acusan claramente un descenso notable de calidad material y ambiental, respecto a las consideradas anteriormente. Bien es verdad que las calles tienen pavimentación (a veces, en mal estado) y suelen tener también aceras. Las viviendas, por lo general, gozan de todos los servicios urbanos, aunque no siempre. Algunas de estas viviendas comparten elementos comunes como servicios sanitarios. A veces, hay viviendas interiores a patio.

En cualquier caso parece percibirse todavía el origen suburbano de estos fragmentos urbanos, nacidos en su día como alternativa pobre a la ciudad burguesa de los ensanches. El proceso de transformación a que están sometidos tiende a igualarlos con las zonas contiguas, formadas más tarde como extensión de esos suburbios primitivos, ya con características diferentes a las que éstos tuvieron inicialmente.



Asoma tímidamente la iglesia de las Reparadoras entre grandes bloques de oficinas.

En este tipo de espacios no se encuentran emergencias y singularidades destacables, más allá de algunos edificios institucionales de escasa entidad, o alguna navecilla industrial.

Estas piezas urbanas están situadas dentro de los barrios de Bellas Vistas, Almenara, Valdeacederas y Berruguete, al norte; Prosperidad y Guindalera, al noreste; Ventas, Pueblo Nuevo y Concepción, al este; San Diego y Numancia (Puente de Vallecas), al sureste, y Opañel y San Isidro, al suroeste.

Antiguos pueblos

Se trata de fragmentos urbanos que, a principios de este siglo, eran pueblos independientes y claramente separados de Madrid y que el crecimiento de ésta ha englobado en el conjunto urbano actual, rodeándolos y sobrepasándolos. Son los casos de Fuencarral y Chamartín, al norte; Hortaleza, Barajas, Canillas y Canillejas, al noreste; Coslada, San Fernando y Vicálvaro, al este; Vallecas, al sureste; Villaverde, al sur; los dos Carabancheles, al suroeste, y Pozuelo y Aravaca, al noroeste. A lo que habría que añadir los municipios independientes del área metropolitana.

En el trazado de su planta acusan ese origen de núcleos rurales, con una red viaria de tipo irregular y clara ascendencia caminera, que define manzanas más bien amplias, de formas irregulares. El diferente grado de evolución en el proceso de transformación de la edificación no se acusa en la modificación de ese trazado, pero sí en el aspecto ambiental, según se conserven más o menos muestras de la arquitectura rural inicial, de viviendas unifamiliares de una planta, o ésta haya sido sustituida, lo cual es más frecuente, por bloques colectivos. Aumenta entonces la altura hasta seis plantas, adoptando un convencional y anodino lenguaje en las fachadas. Es el propio de ese tipo de arquitectura producido masivamente por todo el país de los años 40 en adelante, caracterizado por la elementalidad compositiva rectangular, en bandas horizontales o verticales, realizada en ladrillo visto o revocado, con ribetes o remates en piedra blanca artificial, a veces con terrazas o balcones corridos a lo largo de todo el ancho de la fachada.

Conviene señalar que esta generalización de ese tipo de arquitectura uniformiza visualmente el panorama urbano de tal modo que mu-

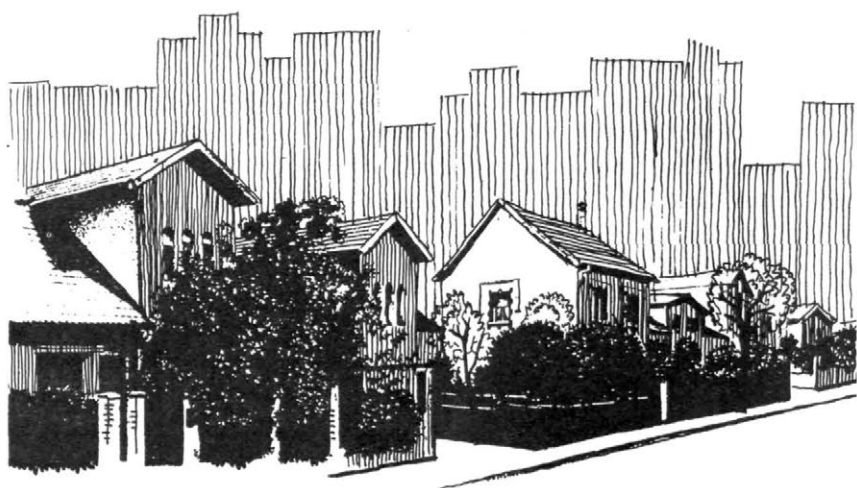
chos de los diferentes tipos de espacio a que nos estamos refiriendo acaban pareciéndose, si sólo se atiende a la primera impresión visual. Es la forma de organización del espacio la que imprime la diferencia, en los casos en que los restos de arquitectura de épocas anteriores sean escasos. En general, la mezcla de lo antiguo y lo moderno da lugar a un panorama abigarrado. La diferencia de alturas y la irregularidad de la red viaria acentúan la sensación de confusión, y la elevación de alturas sobre esa red viaria, de reducidas características dimensionales (10 ó 12 metros de anchura), produce, a su vez, sensación de agobio, por el aprovechamiento excesivo del espacio, en el que faltan ensanchamientos y remansos.

Generalmente, estos pueblos absorbidos tienen algún elemento arquitectónico singular destacando en forma y tamaño, aunque sólo sea la iglesia o algún caserón que la piqueta ha respetado, por alguna casual conjunción de circunstancias. Y espacialmente es posible distinguir todavía la antigua plaza mayor pueblerina, en la que, a veces, subsiste también el antiguo ayuntamiento. Recientes operaciones de remodelación espacial tienden a reencontrar o revalorizar los pequeños espacios libres, característicos de los pueblos tradicionales.

Ciudad jardín

Englobamos bajo esta denominación todos los tipos diversos de fragmentos urbanos constituidos por agrupaciones de viviendas unifamiliares, con jardín individual, bien se trate de edificios dispersos en grandes parcelas, o de construcciones adosadas o en hilera formando conjuntos más compactos. Los hay, cronológicamente escalonados, desde principios de siglo hasta hoy, de modo que los más antiguos, que por lo general se realizaron en su día en lo que entonces era la periferia urbana, han sido alcanzados y rodeados por el crecimiento de la ciudad que lo ha hecho con unas formas de espacio diferentes, de modo que han quedado como enclaves netamente diferenciados del entorno. En cambio, los más recientes se sitúan en las periferias actuales o, a veces, sin contigüidad ni contacto alguno con la ciudad.

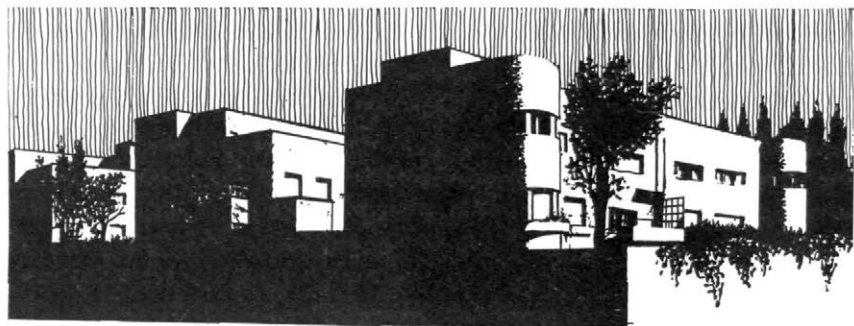
Los fragmentos urbanos que se incluyen en este tipo de espacio son bastante variados y algunos de ellos están en proceso de transformación hacia otros tipos, presentándose en este momento como híbridos, en



Versión madrileña de la Ciudad Jardín. Años 20.

gran medida. Ése es el caso de uno de los ejemplos más antiguos, la Ciudad Lineal, en la que subsisten algunos chalets y casitas de principios de siglo, tras las verjas de su parcela individual, alternando con los bloques nuevos de vivienda colectiva que configuran típicos espacios de edificación abierta, que viene a sustituir a la unifamiliar.

La variedad dentro de este tipo viene dada, tanto por la forma de agrupación o dispersión de las viviendas y el tamaño de la parcela, como por las características arquitectónicas. Hay «colonias» de «hoteli-



El racionalismo madrileño. Años 30.

tos» de una o dos plantas, aislados en su pequeña parcela, o apareados con unión por medianería y desarrollados con toda clase de lenguajes arquitectónicos, entre los que predominan los regionalismos y los indefinibles eclecticismos, más o menos pintorescos, a veces con cierto encanto romántico, ahora que están envueltos en abundante vegetación. Hoy, que la ciudad los ha rodeado de bloques enormes, estos espacios de reducida densidad y escaso tráfico resultan especialmente atractivos, no sólo por la alternativa de forma de vivienda que ofrecen frente al piso, sino principalmente por la alternativa de modelo de espacio urbano. (Ejemplos: Colonia Rosales, Colonia Albéniz, Colonia de Los Cármenes, Colonia de la Fuente del Berro).

A veces son más de dos las viviendas que se adosan, resultando así las comprendidas entre las extremas, con sólo dos fachadas y un jardín delantero y otro trasero, o uno sólo, independizadas por vallas laterales que prolongan las medianerías entre viviendas. Se forman así hileras más o menos largas, en las que puede repetirse sistemáticamente el modelo único de vivienda muy modesta, como las incluidas en algunos de los «poblados» o barriadas de promoción oficial de los años 50. Ejemplo de ello serían las de los «poblados» de Fuencarral y Canillas.

Especialmente interesante es la experiencia racionalista, plasmada en las colonias Residencia y El Viso, verdaderos «monumentos» urbanísticos en los que luce actualmente, en medio de hermosa jardinería, la inconfundible poética plástica del antihistoricismo internacionalista de los años 30, cargada hoy de claros valores históricos y locales, al mismo tiempo que liberada del compromiso engañoso de su falso funcionalismo.

Las largas filas de chalets adosados son una de las formas de construcción más utilizadas en las urbanizaciones que se realizan desde hace años en las actuales periferias madrileñas. Utilizan casi siempre el ladrillo visto y la pizarra, como elementos constructivos visibles, en versiones múltiples que van de la máxima corrección a la más detestable e injustificada frivolidad de posmodernismo epidérmico y mimético. La repetición, frecuentemente sistemática, del mismo modelo de vivienda en todo el conjunto, que a veces es muy grande, y la compatibilidad que proporciona esa agrupación en hileras próximas producen cierta sensación de agobio, especialmente cuando se puede contemplar el conjunto desde una cierta distancia.

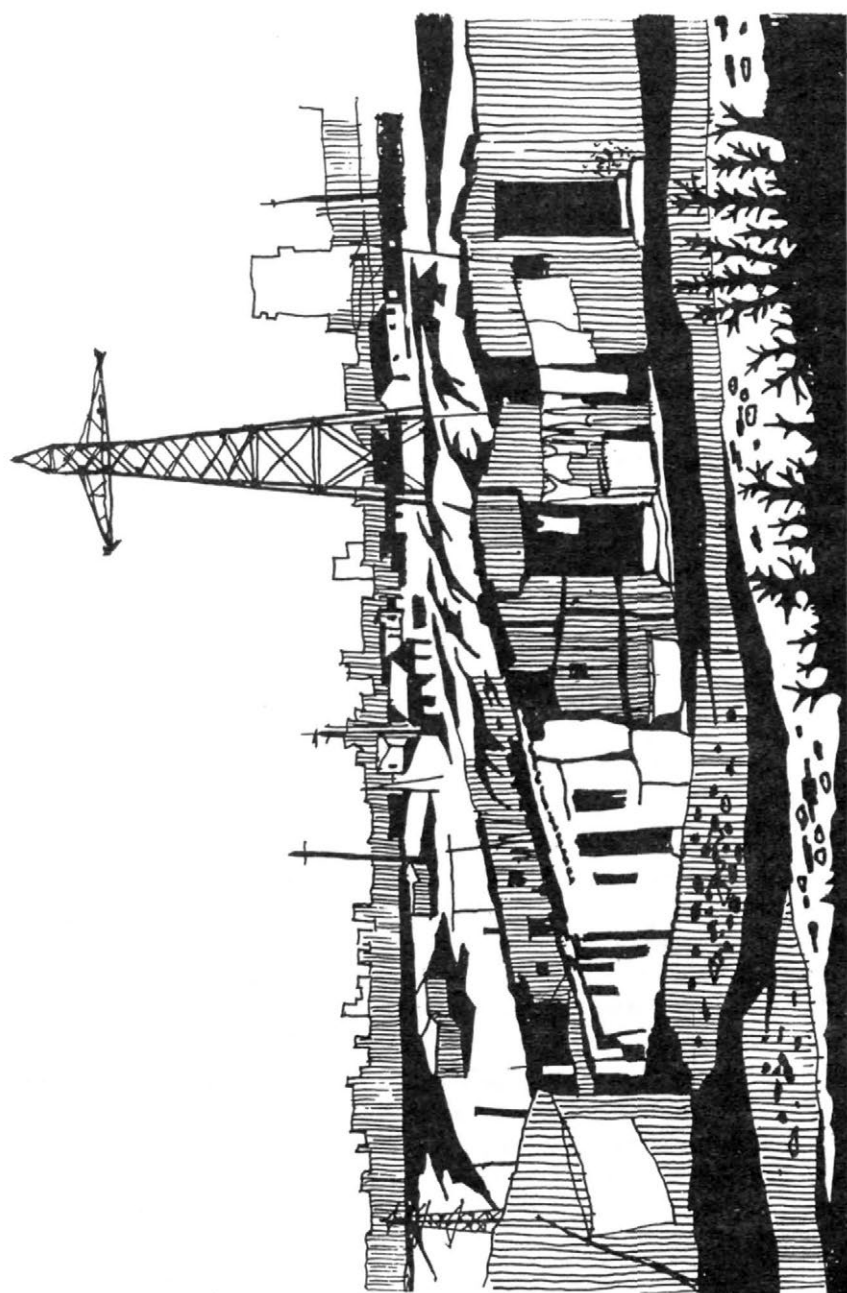
Pero muchas de estas urbanizaciones periféricas representan otra

variante de ciudad jardín, destinada a capas sociales de superior nivel económico, caracterizada entonces por amplias parcelas que permiten grandes viviendas unifamiliares, totalmente rodeadas por amplios jardines con vallas aisladoras y hasta controles en las entradas generales. Es un tipo de espacio que ya no es estrictamente urbano y que está fuertemente marcado por la abundancia de vegetación, césped y flores. Un viario sinuoso, con carácter más de carretera que de calle, va flanqueado por tapias o setos, por detrás de los cuales asoma la vegetación. La edificación no siempre es visible, pero puede apreciarse toda clase de ensayos arquitectónicos, desde los de inspiración neoclásica o escorialense, con sus cubiertas de pizarra, hasta los amaneramientos posmodernos, pasando por adaptaciones de Aalto, Rudolph y todas las sucesivas estrellas de moda. (Ejemplos: Colonia Puerta de Hierro, Colonia La Florida.)

Infravivienda

Se trata de conjuntos formados por viviendas construidas en terrenos no urbanizados, marginales, aunque a veces no sean periféricos, sino vacíos en el interior de la ciudad. Carecen, por tanto, de calles pavimentadas y, por lo general, de servicios urbanos mínimos, como agua corriente y saneamiento. Las construcciones, en el mejor de los casos, se parecen a casitas rurales mínimas, pero lo más frecuente es que se trate de cubículos realizados con materiales de construcción procedentes de derribos, como ladrillos, bloques cerámicos o de hormigón, pedazos de madera, mezclados con otros productos de desecho, como cartones, chapas metálicas o láminas de plástico. Con éstas cubren las precarias cubiertas y envuelven los muros, consiguiendo impermeabilidad y aislamiento térmico. No es raro encontrar pequeños recintos sin techar, donde se amontonan enseres domésticos deteriorados, mezclados con chatarra, basura y ratas.

Es cierta la afirmación de que el número de chabolas ha descendido en Madrid, si se compara el actual con otros períodos históricos, pero no es cierto que no haya chabolismo actualmente. Hay núcleos interiores, como los de Valdezarza y sur de Peñagrande, o como el próximo a la Glorieta Elíptica, y los hay periféricos, como los que se ven al hacer la circunvalación por el este a lo largo de la M-40 o desde el fe-



Pervivencia de infravivienda en la periferia.

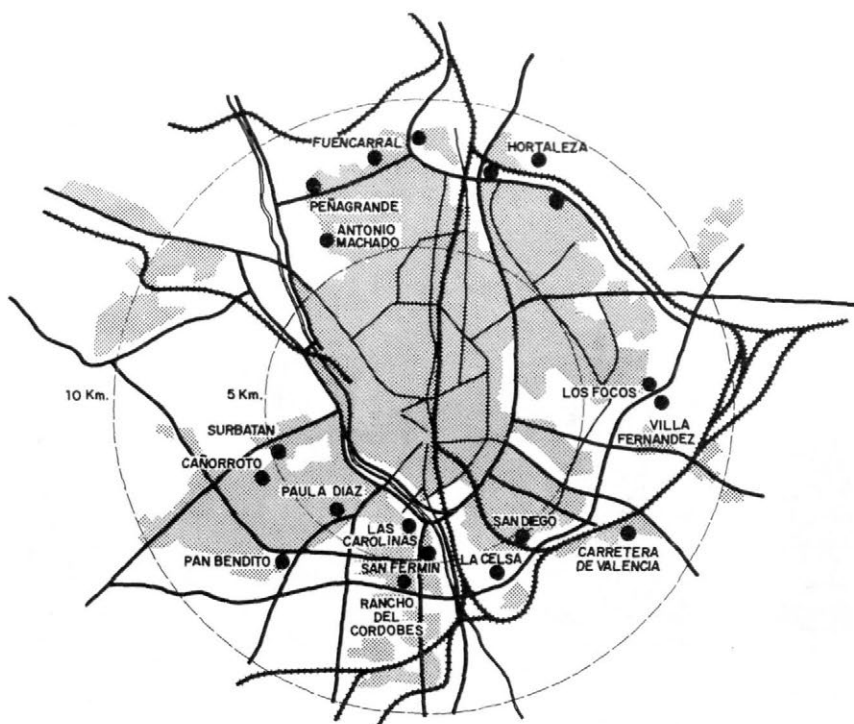
rocarril, y los situados en la periferia sureste y sur. Son núcleos más bien reducidos, que, en total, pueden llegar a sumar unas 1.800 chabolas, o unas 2.500 infraviviendas si se incluyen otros tipos de habitáculos, igualmente carentes de servicios y urbanización, pero contruidos con materiales tradicionales, en forma de casitas semirrurales. Aunque cuantitativamente no constituyen un factor importante, sí lo son como forma de espacio muy diferente en el conjunto urbano, o en sus bordes, y, desde luego, tienen hoy un importante papel en la vida de la ciudad, por su asociación frecuente con el comercio y uso de drogas.

Con independencia de este último aspecto, que será considerado más adelante con otros temas sociales, consignemos simplemente ahora este peculiar tipo de paisaje urbano, en el que el desolado paisaje natural acentúa las condiciones de inhospitalidad y pobreza. Postes de tendidos eléctricos, vertederos, algún transformador, tapias semiderruidas, restos amputados de coches desguazados, aparatos electrodomésticos amontonados, latas oxidadas, barreños, toda clase de restos y desperdicios, basura recorrida por ratas, excrementos y frecuentemente jeringuillas usadas esparcidas por el suelo, configuran y dan el tono ambiental de estos núcleos. Allí puede verse cómo alternan cerdos y cabras con coches de lujo, pues, como luego veremos, la venta de droga está produciendo sorprendentes fenómenos sociales.

Edificación cerrada

Bajo este nombre genérico incluimos todos los tipos de organización edificatoria cuya característica común fundamental es que las manzanas definidas por la red viaria están ocupadas por edificios contiguos a lo largo de todo el perímetro. Naturalmente, quedan excluidas aquellas piezas urbanas que ya han sido consideradas, que poseen esta misma forma de organización, aunque con características adicionales propias que las dotan de peculiaridades diferenciadoras. Es decir, los ensanches, el casco antiguo, los pueblos y los suburbios en versiones regulares o irregulares. Se trata, pues, de la permanencia, en etapas de desarrollo urbano recientes, de las formas de organización del espacio urbano tradicional, que se dan en pedazos de ciudad de cierta homogeneidad, especialmente en los que se han producido como extensión y crecimiento de los antiguos suburbios, aunque generalmente con

edificación de más altura, por prolongación de las alineaciones de sus calles. Si las manzanas de aquéllos eran ocupadas por casitas de una a tres plantas, que evolucionaban por sustitución hacia las seis, es frecuente encontrar en estos modernos crecimientos que la altura oscila entre las seis y las ocho plantas, siendo la altura más frecuente la de seis plantas. Pero también es cierto que una parte muy importante de ese crecimiento se ha seguido haciendo con edificación de escasa altura y que hay fragmentos urbanos, de relativamente reciente aparición, que siguen evocando el pueblo manchego y que también pertenecen a este tipo de edificación cerrada. Casitas de una o dos plantas, casas entre medianerías, de cuatro, y otras, más altas, de seis o de ocho, forman la masa de los barrios de Bellas Vistas, Almenara, Valdeacederas y Berruguete, periféricos a los antiguos suburbios originarios, macizando con mayor altura el total de las manzanas. Queda claro que dichos subur-



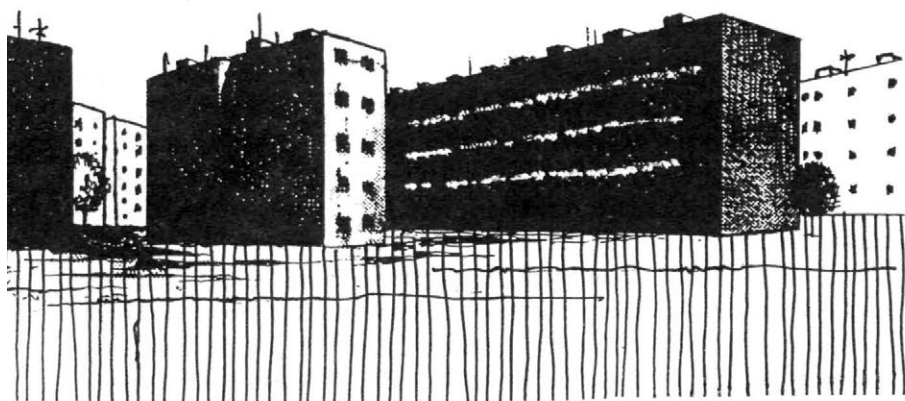
Localización de los principales focos de infravivienda.

bios iniciales han prolongado en sus posteriores crecimientos las características de organización en planta aumentando alturas. Y lo mismo puede decirse de los crecimientos que, camino de los Carabancheles y de Toledo, se produjeron por extensión de los suburbios del sur, inicialmente instalados allí desde principios de siglo, formando parte de los conjuntos de manzanas que constituyen la base de los barrios de Opañel y San Isidro. Lo que también ocurre con La Guindalera y la Prosperidad, al este, por crecimiento de los pequeños suburbios iniciales, hasta colmar el espacio. De la misma forma que hay fragmentos urbanos organizados en edificación cerrada, insertos formando enclaves en el crecimiento norte y noreste de la ciudad, más allá del ensanche (igual que había también allí piezas enclavadas de ciudad jardín), constituyendo conjuntos compactos en medio de la edificación abierta (la otra forma de organización espacial dominante en toda la moderna periferia, que es la que consideraremos a continuación). Son pues éstos, espacios urbanos confusos, abigarrados, de escasa calidad arquitectónica y ambiental, con calles estrechas y ausencia de espacios libres, que,



en los casos de más altura de la edificación, llegan a producir bastante agobio. La estrechez de las calles impide cualquier acompañamiento vegetal, lo que aumenta la sensación de agresividad y la ausencia de atractivo acogedor. La ocupación constante de la calle por un número de vehículos estacionados o abriéndose paso dificultosamente, muy superior al compatible con las características geométricas y dimensionales de la organización viaria, convierte en penosa experiencia el intento de paseo urbano a través de estas piezas de la ciudad que, digan lo que quieran sus panegiristas, basándose en apreciaciones parciales, es una ciudad incómoda y desagradable para una parte muy importante de sus habitantes.

Existen, inmersos en estas áreas, algunos elementos arquitectónicos singulares que merecen ser recordados aquí. Realmente no puede decirse que contribuyen a mejorar o dotar de atractivo su entorno, del que se despegan e independizan, indiferentes a él, sino que se trata de edificios interesantes por sí mismos, de gran impacto por forma y tamaño y de importancia significativa al nivel global de imagen de Ma-



La edificación abierta, característica del espacio urbano nuevo creado en los años cincuenta y sesenta.

drid. Así ocurre con la Plaza de Toros, el edificio llamado Torres Blancas y el denominado Torrespaña, los tres situados en el borde oriental de las áreas que estamos considerando.

El primero de ellos, la Monumental de las Ventas, es prácticamente, como elemento urbano, un enorme cilindro de ladrillo, de 120 metros de diámetro, perforado por series de arcos de herradura, algunos trilobulados. Concebido en el inconfundible tratamiento neomudéjar, está alegrado con revestimientos cerámicos. Esa mole de tan peculiar aspecto, bien visible desde lejos por encontrarse rodeada de amplia explanada, pone una presencia formal, original y diferente, entre las distintas clases de edificación que se ven a su alrededor y constituye, sin duda, una de las piezas arquitectónicas unidas a la imagen de Madrid.

Lo mismo ocurre con el espectacular edificio llamado Torres Blancas, cuya singular y destacada silueta expresionista se ha convertido en un hito visual característico de Madrid.

Por su parte, Torrespaña responde al conocido modelo de seta, utilizado en otras ciudades europeas y americanas, con fuste cónico albergando canalizaciones verticales, para acceder y comunicar con cuatro plataformas que vuelan circularmente a una gran altura. Alberga los servicios centrales de Televisión Española y constituye el punto más alto de Madrid, con sus 220 metros de altura, a pesar de no estar en el lugar más elevado del terreno. Ello la hace visible desde casi toda la ciudad.

Edificación abierta

En términos generales puede decirse que Madrid es una ciudad constituida por un núcleo central organizado fundamentalmente en edificación cerrada, entendiendo esto tal como acabamos de ver (aunque haya enclaves de otros tipos, como también hemos visto), rodeado de una extensión periférica organizada fundamentalmente en forma de edificación abierta.

En esta forma de espacio urbano, en el que la edificación es discontinua, formada por elementos arquitectónicos individualizados volumétricamente, la calle tradicional no existe. La red viaria para circulación de coches es independiente de las fachadas de los edificios. Ha desaparecido, pues, el concepto tradicional de alineación. Los espacios entre edificios, espacios públicos abiertos, pueden dedicarse a jardinería (si

hay dinero y el clima lo permite) dejando sendas o aceras pavimentadas (también si hay dinero) para la circulación de los peatones y su acceso a los edificios.

Pero esta concepción de la ciudad, que, como es sabido, tiene su origen en la teorización y los experimentos de vanguardia de los años 20 y 30, ofrece formas diversas de materializarse. En este país se impone y generaliza en los años 50, y es en Madrid donde se realizan algunas de las primeras muestras. A partir de entonces es la forma más frecuentemente empleada en el desarrollo de la ciudad. Pero, como acabamos de decir, en formas diversas que constituyen variantes o evoluciones de los planteamientos iniciales. Evoluciones que se producen una vez adquirida familiaridad con éstos, y perdido el miedo, tanto a su utilización, como a la falta de fidelidad a la ortodoxia racionalista recién asumida. Los planteamientos económicos llevarán a forzar las densidades, lo que se traduce en proximidad de los edificios y en crecimiento de su altura. La experimentación con tipos de viviendas y formas de agrupación de las mismas conduce a nuevos modelos de edificio, muy distintos de los bloques paralelepípedicos de doble crujía, del racionalismo inicial, y de las pobres agrupaciones paralelas u ortogonales, de las primeras experiencias realizadas con ellos. Agrupaciones de tres, cuatro y hasta seis viviendas por planta, dispuestas alrededor de un núcleo de circulaciones verticales, conducen a bloques macizos, nada longitudinales, de planta inscribible en un cuadrado o una circunferencia de gran superficie. Un conjunto de varios bloques de éstos, aunque dejen bastante separación entre sí, parece que maciza y satura todo el espacio, cuando se ve desde fuera. Andando entre ellos, se percibe un espacio que es claramente diferente del que dejan entre sí los bloques longitudinales de doble crujía. Éste es mucho más simple, de percepción formal demasiado inmediata, frente al otro, que resulta más confuso y menos inmediato. Sobre todo si los perímetros de los bloques son irregulares, con escalonamientos o entrantes y salientes. Pero repetido sistemáticamente en grandes conjuntos, como se ha hecho en Madrid, resulta generalmente abrumador y opresivo, sin que la vegetación, cuando existe, pueda apenas remediarlo.

Y aparece también el bloque de cinco crujías o bloque en H. Sus ventajas económicas sobre el de dos crujías son claras: permite juntar dos bloques de doble crujía a distancia mínima de patio de luces, y dar acceso a cuatro viviendas por escalera. Y además es adosable por los

extremos, cerrando los patios, para constituir cadenas tan largas como se desee. Las dos fachadas son principales, lo que elimina cocinas y tenderos a la vista, como ocurre con el de doble crujía. El aspecto urbano mejora visualmente. El espacio se hace muy diferente con estos bloques tan anchos que producen una gran ocupación de suelo, frente al espacio continuo y fluido que rodea a los estrechos bloques longitudinales de doble crujía.

También resulta una variante espacial diferente cuando cualquiera de estos tipos de bloques se une por sus extremos enlazándose en cadenas quebradas, que cierran parcialmente el espacio, formando recintos de perímetro semicontinuo. Vistos desde el exterior parecen gigantescas manzanas macizas, que producen el engañoso efecto de una abrumadora compacidad mucho mayor de la real.

Todas estas variantes de espacio urbano en su modalidad de edificación abierta se dan en esa extensa periferia de Madrid, acabando de componer el amplio y variado *collage* de piezas diferentes que es la ciudad. Es importante precisar que, frecuentemente, varios de esos tipos se mezclan, alternando en proximidad. Resulta entonces un carácter híbrido con parte de las características correspondientes a cada uno de los tipos mezclados.

Ejemplos bastante representativos del primer tipo, el más próximo al racionalismo originario, se pueden encontrar en algunos de los barrios de promoción oficial de los años 50.

Paisaje industrial

Madrid posee todavía mucha industria interior, que apenas acusa su presencia, a niveles formales, en la configuración del espacio urbano y la arquitectura, puesto que ocupa interiores de manzana, detrás de edificios de viviendas o en sus plantas bajas. Múltiples talleres abren sus acceso en las fachadas de esos edificios, insertándose en las manzanas de los ensanches, de los antiguos suburbios, de sus crecimientos modernos.

Pero la industria ha creado también su propio paisaje característico, diferente e inconfundible, dado tanto por la volumetría simple y la arquitectura frecuentemente ciega de la nave industrial, como por los edificios representativos y oficinescos que, a veces, les acompañan.

El paisaje industrial madrileño es muy variado. Hay sectores que se caracterizan por la algarabía de formas y orientaciones en conjuntos de gran pobreza ambiental, que acusan haber sido realizados a costes mínimos y también con nulo planteamiento estético. Por el contrario, se da en otros sectores el alarde arquitectónico de la «industria escaparate» que siembra de hitos llamativos los lados de algunos accesos a la ciudad, a veces con verdadera calidad. Pero lo más frecuente es el conjunto ortogonalmente organizado de los polígonos industriales, donde se disponen naves y otros edificios de variadas calidades y materiales que, como decíamos anteriormente, crean un espacio urbano diferente, abierto, fluido y discontinuo.

Todo el mundo sabe que las mayores concentraciones industriales de Madrid están en el sur, suroeste y este, extendiéndose respectivamente más allá de las zonas industriales tradicionales de Villaverde, Carabanchel, sobre los municipios de Leganés, Getafe, Fuenlabrada y Alcorcón. Pero también son significativas las áreas de Fuencarral, al norte, y las de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes, al noreste, fuera del municipio de Madrid, más allá de las industrias situadas a lo largo de las carreteras de Colmenar y A-1, y más allá, por supuesto, de la formación industrial de Hortaleza.

También tiene importancia la localización industrial espectacular y reciente, al noreste, a lo largo de la carretera A-2, del polígono de San Fernando de Henares y de las formaciones industriales de Torrejón de Ardoz y Alcalá de Henares, que llegan hasta el límite de la provincia. Y existen formaciones industriales de cierta importancia en Vicálvaro y Vallecas, al sureste, mientras que todo el sector comprendido entre el suroeste y el noroeste carece de presencia industrial tradicional, aunque si aparece industria moderna, limpia, de tecnología avanzada, es la carretera A-6, que, en proximidad a Las Rozas, acoge al nuevo Parque Empresarial.

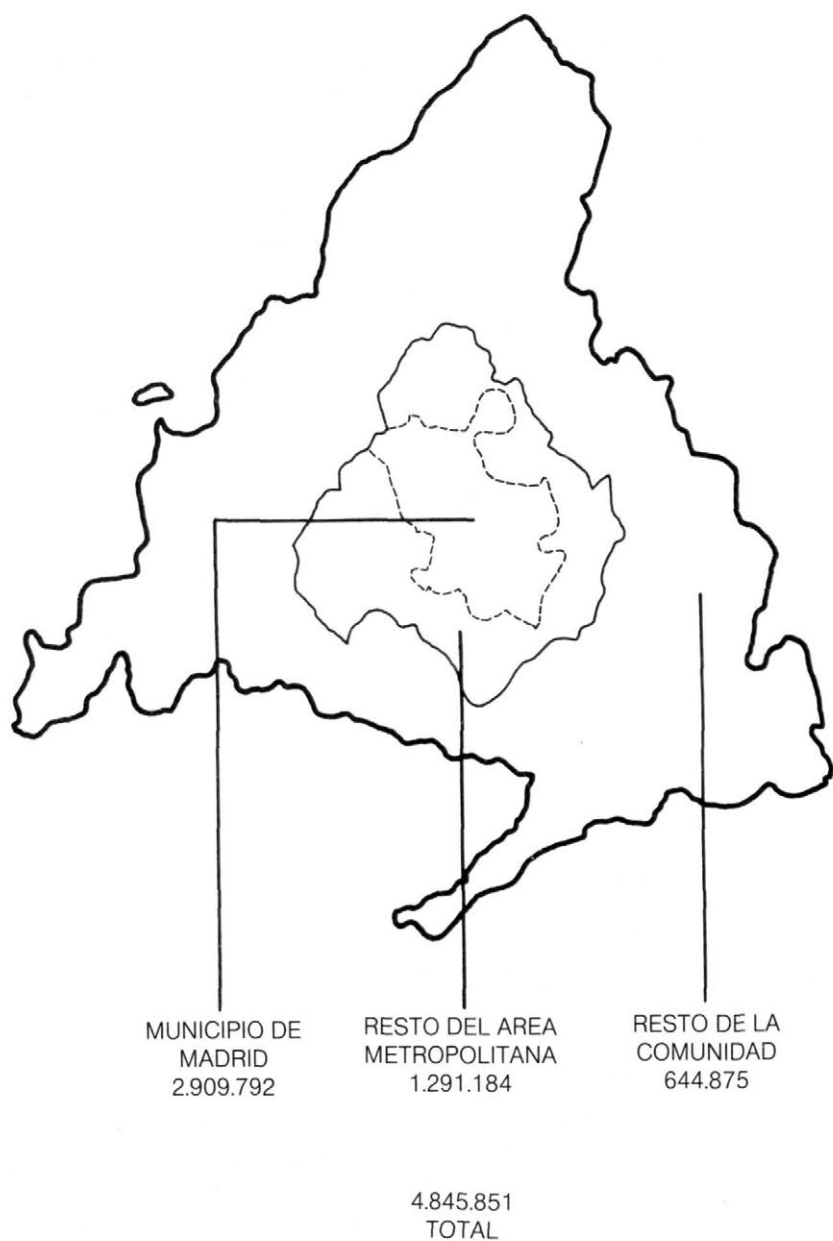
GENTE, TRABAJO Y USO DE LA CIUDAD

La Comunidad de Madrid tiene una población total cercana a los 5.000.000 de habitantes. De ellos, algo menos de 3.000.000 están en el municipio capital. Los demás se reparten entre el área metropolitana (1.300.000 aproximadamente) y el resto del territorio provin-

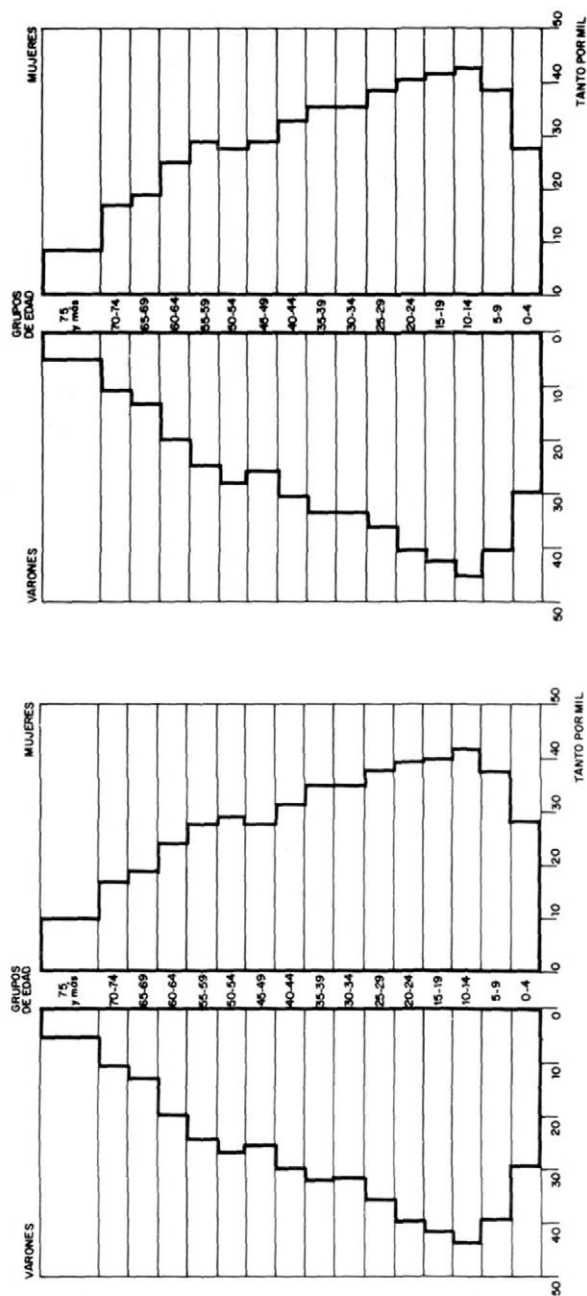
cial. La concentración demográfica que estas cifras de distribución poblacional representan se aprecia bien al considerar la dimensión espacial del fenómeno, es decir, el tamaño de la superficie que ocupa la aglomeración, como se ha visto anteriormente.

Para entender la situación demográfica de Madrid, es preciso tener en cuenta que se dan en ella, con características propias, algunos rasgos que caracterizan a la evolución que muchas metrópolis europeas iniciaron en los años 70, especialmente a raíz de la crisis de 1973. Como se ha señalado, dicha década pasará a la historia de este siglo como el período en que se trastocaron las pautas de comportamiento urbano, que desde la Segunda Guerra Mundial unían crecimiento de las grandes ciudades con expansión económica, de acuerdo con el modelo concentrado de aglomeración demográfica e industrial. Desde entonces, las grandes ciudades y áreas metropolitanas han venido sufriendo procesos de reestructuración productiva y de cambio en el comportamiento demográfico, que se caracterizan, fundamentalmente, por una desconcentración espacial hacia áreas periféricas, tanto de ciertas actividades como de la población, con crecimiento de esas áreas y decrecimiento demográfico del núcleo central. Sin embargo, hay que añadir que la aparición de estas nuevas formas de comportamiento no ha eliminado la persistencia de ciertas tendencias concentradoras, que siguen actuando a favor de la centralización de ciertas funciones y mitigan los efectos de las tendencias difusoras.

Al igual que ocurre, pues, en muchas metrópolis europeas, el ritmo de crecimiento de la población de Madrid es muy lento, tanto por lo que se refiere a la inmigración, como el aumento vegetativo (nacimientos menos defunciones), situándose en torno al 0,4 % anual. Los saldos migratorios netos (diferencia entre personas que se incorporan y personas que se van) son muy reducidos, y la tasa de natalidad, muy baja. Por ello, la pirámide de población no tiene forma de tal, ya que las bandas inferiores, correspondientes a la infancia, son más cortas que las inmediatamente superiores, lo que indica una alta proporción de personas de edad. Esto se acusa aún más en el municipio de Madrid (13 % de personas de más de 64 años) y todavía más en algunos de sus distritos (24,3 % en Centro, 21,3 % en Chamberí, 20,1 % en Salamanca), pudiendo comprobarse que mientras las mayores proporciones de población de más edad se dan en esos distritos centrales (Centro, Salamanca y Chamberí), las mayores proporciones de población infantil se encuen-

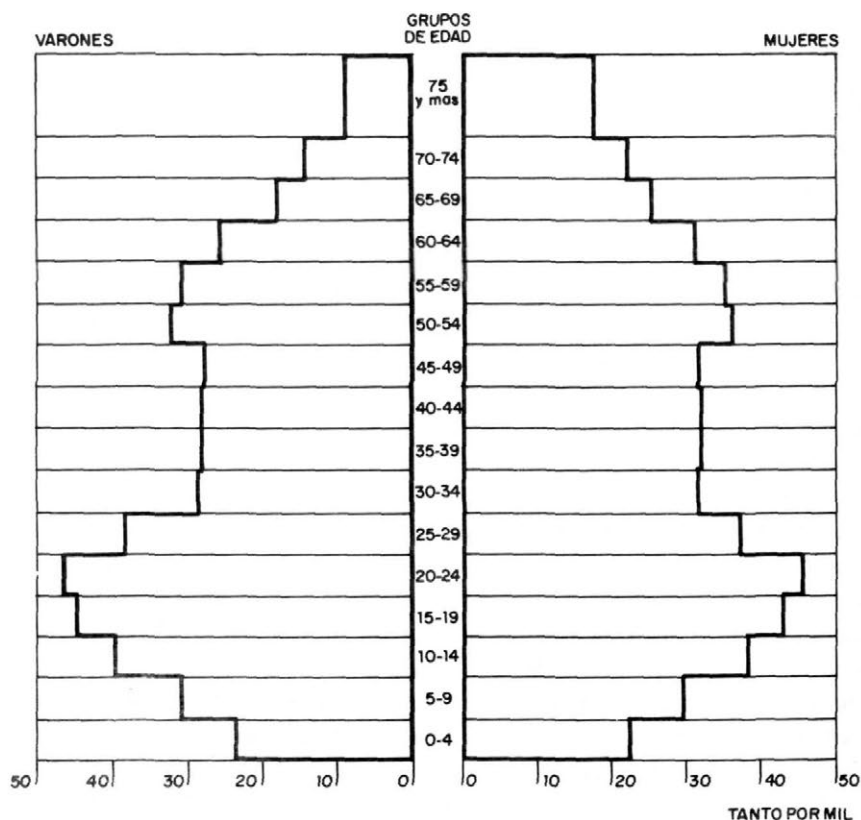


Distribución de la población.



Pirámides de edad del área metropolitana y de la Comunidad de Madrid.

tran en los distritos periféricos (Latina, Mediodía, Hortaleza y Fuencarral). En el resto de la Comunidad, la proporción de población joven es mayor (30 % de menores de 15 años), y también lo es el crecimiento demográfico, producto de flujos centrífugos de población, ya que el municipio central pierde población en beneficio de la periferia metropolitana, especialmente del sector suroeste de la misma y de su zona oriental. Son seis los núcleos de la Comunidad situados en esas zonas, cuya población sobrepasa los 100.000 habitantes, que están atrayendo población de Madrid y muestran signos de crecimiento: Alcalá de Hena-



Pirámide de edad del municipio de Madrid. Claro ensanchamiento correspondiente a la juventud.

res (al este), Alcorcón, Fuenlabrada, Getafe, Leganés y Móstoles (al suroeste). Pero quizá el rasgo más característico sea la alta proporción de jóvenes de edades comprendidas entre 15 y 25 años, que se corresponden con una realidad muy visible directamente en la vida cotidiana. Madrid es una ciudad ocupada permanentemente por una juventud bulliciosa, tanto al aire libre como en interiores de edificios: calles, plazas, jardines, chiringuitos, pero también cafeterías, pubs, discotecas y lugares de espectáculos.

En términos generales, estos datos se corresponden con una situación económica con limitada capacidad de creación de empleo, que frena la formación de flujos migratorios y desanima la fecundidad. Una valoración objetiva de la situación real de la economía básica en la metrópoli madrileña resulta tan difícil, que los estudios, partiendo de los mismos datos, llegan a estimaciones contradictorias según las dosis de optimismo empleadas en las proyecciones y la importancia concedida a los problemas detectados. Pero todos los estudios recientes coinciden en señalar la importancia fundamental que, para el futuro de Madrid, tiene el proceso que se está desarrollando en estos momentos, de transformación y modernización de la estructura de producción, aprovechando la coyuntura liberalizadora e internacionalizadora de la economía española en general. Ello se está produciendo dentro del acrecentamiento de la importancia del sector terciario en la economía madrileña, con aumento de las actividades y servicios especializados, incluso de nivel internacional. También con una mayor captación de inversión extranjera, en la perspectiva del Mercado Común Europeo.

Con independencia del desarrollo de esta reciente tendencia, hace tiempo que Madrid se caracteriza laboralmente, como ocurre con otras grandes ciudades europeas, por ser fundamentalmente un gran centro de servicios, negocios y administración, sin dejar de ser al mismo tiempo una concentración industrial nada despreciable. Partiendo de una población activa total de 1.800.000 personas, la distribución general del empleo muestra, como rasgos característicos, un pequeñísimo porcentaje de gente trabajando en la agricultura (tan sólo el 1 % de la población activa, como sector residual y en disminución), al mismo tiempo que un gran predominio de empleo en los servicios (68,5 %) y una importante proporción (30,5 %) de trabajadores en la industria (incluidos el 7,5 % correspondiente a la construcción), aunque dicha proporción sea inferior a la de otras ciudades industriales españolas.

- 1- LA CELSA
- 2- EL POZO DEL TIO RAIMUNDO
- 3- EL POZO DEL HUEVO
- 4- TORREGROSA
- 5- EL RANCHO DEL CORDOBES
- 6- PAN BENDITO
- 7- PAULA DIAZ
- 8- DOLORES ARMENGOT
- 9- EL CERRO DE LA MICA
- 10- LA VAGUADA
- 11- LA CRUZ DEL CURA
- 12- EL CERRO DE LA LIEBRE
- 13- AMPOSTA
- 14- CRUZ DE LOS CAIDOS
- 15- LOS FOCOS
- 16- AVENIDA DE GUADALAJARA
- 17- MONTE IGUELDO
- 18- PIES NEGROS
- 19- UVA DE VALLECAS
- 20- AZCA
- 21- PLAZA DE SANTA ANA
- 22- PLAZA DE CASCORRO
- 23- CALLE DE LA LUNA



Localización de la venta de droga.

La ya aludida insuficiencia en la capacidad para generar empleo está en correspondencia con una tasa de paro laboral que se sitúa alrededor del 13 %, absolutamente inusual en las grandes metrópolis europeas, en las que no supera el 9 % en los peores casos. Esta alta cifra debe ponerse en relación con las situaciones de pobreza y marginalidad social que se dan en la aglomeración madrileña.

A pesar de la falta de datos totalmente fehacientes, las estimaciones oficiales dan para la Comunidad de Madrid una cifra aproximada de 140.000 familias (un 14 % de la población) situadas por debajo del umbral de la pobreza (definida ésta como forma de vida desarrollada con una renta individual inferior a la mitad de la media familiar disponible por persona). Asimismo, son también fuentes oficiales las que indican la persistencia de «bolsas de deterioro urbano», compuestas por viviendas gravemente deterioradas, en muy deficientes condiciones de habitabilidad, o por diversas formas de infravivienda, tanto en espacios urbanos interiores como en situaciones periféricas, con las típicas características de chabolismo, albergando, como ya hemos dicho, a unas 2.500 familias. A esto podría añadirse, también a partir de fuentes oficiales, que la población que puede clasificarse como totalmente marginada estaría entre 1,5 y 3 % del total. Por otra parte, se estima que cada noche duermen en las calles de Madrid alrededor de 1.000 personas que carecen de cobijo, y el problema se está agravando a causa de la inmigración africana, que no ha hecho más que empezar. El número de mendigos callejeros, muchos de ellos verdaderos profesionales, se estima en unos 700.

Finalmente, no puede dejar de mencionarse el tema de la delincuencia y la drogadicción. Madrid es, sin duda, la ciudad española de mayor consumo de drogas y donde el narcotráfico es mayor. Estudios de la Comunidad de Madrid dan la cifra aproximada de 107.000 toxicómanos habituales en la ciudad, de los cuales más del 50 % son portadores de sida. Los barrios con mayor consumo son los del centro, sur y sureste. La presencia del problema aumenta muy visiblemente por la noche en el centro de la ciudad. De día se localiza en puntos especializados de la periferia ligados a la venta, en los que incluso puede contemplarse el espectáculo de los pinchazos detrás de las chabolas. Los núcleos de La Celsa, Cruz del Cura, Cerro de las Liebres, Pies Negros y Los Focos se han hecho tristemente célebres al respecto.

La situación de la delincuencia, en comparación con la de otras grandes ciudades europeas, se caracteriza por la ausencia de organiza-

ciones importantes y por la incidencia de la drogadicción como motivo. Los datos oficiales de 1991 son los del siguiente cuadro.

EVOLUCIÓN DE LA DELINCUENCIA
EN LA COMUNIDAD DE MADRID

	1987	1988	1989	1990
Delitos consumados	140.012	144.696	140.018	132.512
Robos con violencia e intimidación en gasolineras	291	192	170	181
Delitos contra la libertad sexual	655	646	572	406
Robos con fuerza en domicilios	9.147	8.932	6.282	5.393
Robos de vehículos	41.032	40.559	34.750	32.942
Homicidios	56	52	33	33
Robos en bancos	574	432	295	291
Robos en farmacias	252	238	209	131

Fuente: Delegación del Gobierno en Madrid.

Agricultura

Si se considera, en primer lugar, el pequeño segmento de población empleada en la agricultura (unas 18.000 personas), se encuentra que tal pequeñez no es sólo producto de la especialización que Madrid ha desarrollado históricamente, por su papel capitalino, hacia los otros sectores, sino que ello está también en directa relación con la escasez de las posibilidades que brindan las condiciones naturales, propias de la meseta alta y árida en que se sitúa. No obstante, si la aportación del sector agrícola a la economía madrileña es mínima (no supera el 0,3 % del PIB de la Comunidad), tiene cierta importancia en sí misma, lo que se ve al compararla con la de otras provincias de la misma meseta, y comprobar que representa el 0,8 % de la producción agrícola española total.

De las 258.000 hectáreas de tierras labradas que hay aproximadamente en la Comunidad sólo unas 30.000 son de regadío, que se dedican en parte a huertas y en parte a cultivos intensivos de cereales, herbáceos y patata, a veces asociados con frutales. El resto es seco, que, como se ve, es una superficie muchísimo mayor. Está dedicada a olivar, a viñedo y mayoritariamente a los característicos cultivos de cereales de seco. Pero el sector más productivo es la ganadería, con casi el 60 %

de la producción agraria total, cuya explotación utiliza muchas tierras sin labrar.

También es interesante comprobar que esa reducida proporción de población ocupada en el sector agrario se reduce muchísimo más si nos introducimos en el corazón de la aglomeración. Los datos correspondientes al municipio de Madrid nos dan un 0,18 % de población activa ocupada en ese sector, lo cual quiere decir que todavía hay algo más de 2.000 personas dentro del municipio que trabajan en cultivos y granjas (incluidos los viveros de flores y plantas), frecuentemente situados en huecos o bordes periféricos.

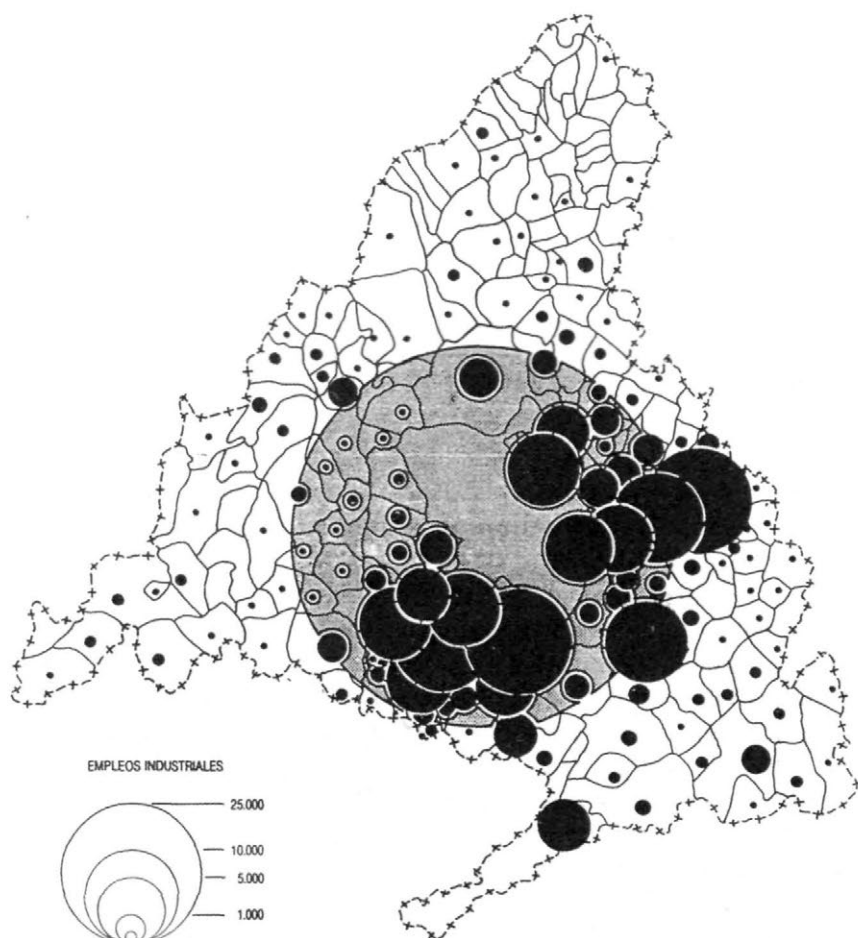
Industria

Sin contar a los obreros de la construcción (cuyo número varía entre 100.000 y 120.000), se puede estimar que existe en la Comunidad de Madrid una población laboral ocupada en la industria comprendida entre 400.000 y 420.000 personas. Tanto su distribución por ramas de actividad, como su localización espacial, presentan la dificultad de la provisionalidad de los datos, ya que se encuentran inmersas en esos procesos de transformación y cambio, a que se aludía anteriormente, que se manifiestan como reestructuraciones espontáneas del sistema productivo.

Como es sabido, en muchas ciudades europeas de antigua industrialización, esas reestructuraciones han supuesto importantes pérdidas de empleo industrial y desmantelamiento o reconversión de numerosas instalaciones. Junto con la desconcentración, el proceso se caracteriza también por la fragmentación de los ciclos unitarios de producción en múltiples empresas menores. Es lo que se ha llamado difusión de la actividad económica.

Con independencia de que todo el caso español presenta particularidades propias en relación con esas tendencias generales en los países más desarrollados, que impiden hacer traslaciones o extrapolaciones demasiado inmediatas, el caso concreto de Madrid las presenta, a su vez, dentro del panorama nacional. A la diferenciación que introduce el retraso histórico en el arranque industrializador, hay que sumar la peculiaridad de la gran diversificación de la industria madrileña, y la escasa importancia de la industria pesada dentro de ella. Por ello ha resistido

mejor las consecuencias de la crisis de los 70 y no exigirá tan importantes reconversiones como fueron necesarias en otras regiones españolas. Por ello también ha podido mantener una posición importante en el sistema industrial nacional y ha podido emprender una reestructuración que ha conducido a un incremento de la productividad, de modo que ha llegado a ser la segunda región industrial de España, y el centro principal de los procesos de innovación del país.



Localización del empleo industrial. Según R. Méndez (1987).